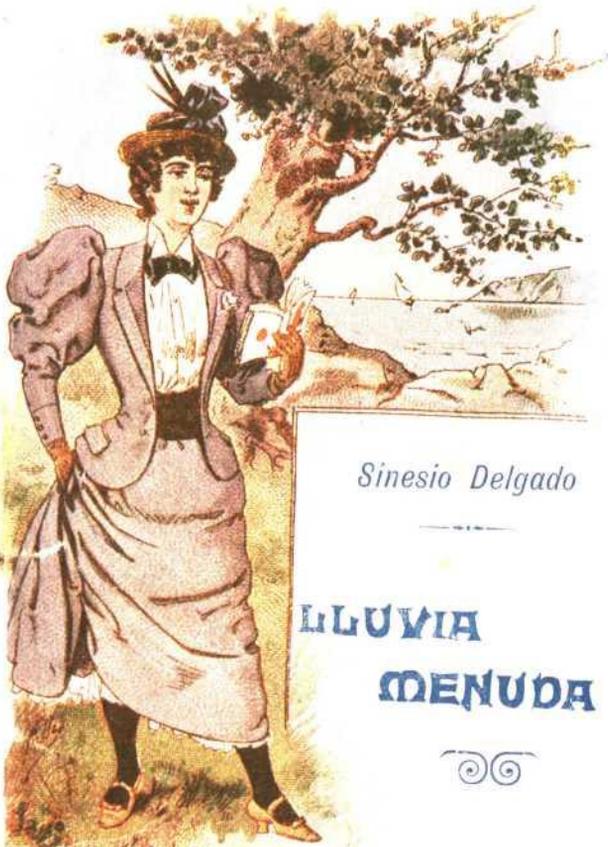


COLECCIÓN DIAMANTE

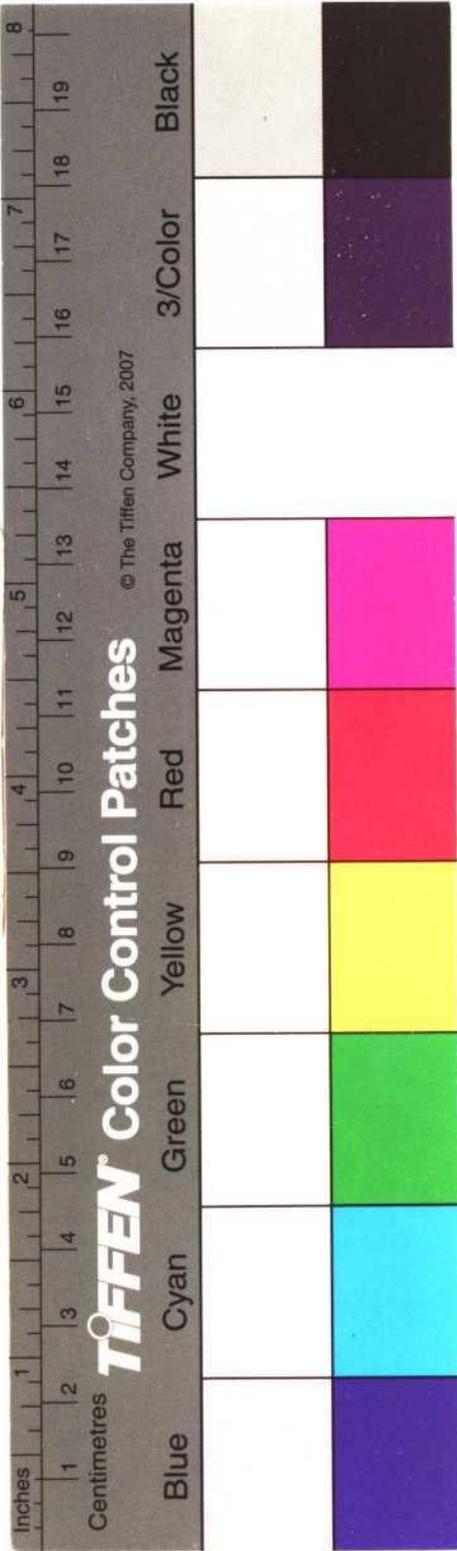


*Sinesio Delgado*

LLUVIA  
MENUDA

BARCELONA.—LÓPEZ, EDITOR

Rambla del Centro, 20



**HESPERIA**

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA

DGCL

A

COLECCIÓN DIAMANTE



XVIII

+ 4987

C. 1185626



SINESIO DELGADO

---

LLUVIA  
MENUDA

(COLECCIÓN DE VERSOS)



BARCELONA  
LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA  
Rambla del Centro, n.º 20

Es PROPIEDAD



R. 46859

---

Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, 8.

---

---

# LLUVIA MENUDA

---

---

## DEGENERACIÓN

---

Yo soy un desgraciado.  
Los versos eran antes mi delicia,  
y hoy, cuando escribo, triste y obligado,  
he de buscar inspiración ficticia  
en una taza de café cargado.  
¡A tal punto he llegado!

Cuando el café me presta  
esa falsa energía, tan funesta  
que siempre me produce calentura,  
en la espiral del humo ceniciento  
de la infame colilla veo al punto  
embozarse el asunto,

hasta surgir completa la figura  
que viene á condensar el pensamiento.

Unas veces, lejana y misteriosa,  
se borra, se difunde, palidece,  
y otras veces, las menos, me parece  
fotografía exacta y asombrosa.

Pero siempre es igual. Siempre un guerrero  
con la cota de malla

y el mandoble de acero,  
galopando hacia el campo de batalla.

Luego el sordo rumor de la pelea,  
el férreo rechinar de la armadura,  
la ronca muchedumbre que vocea,  
se empuja, se acuchilla y se golpea  
con frenesí rayano en la locura.

Oigo el choque terrible de las mazas  
al caer sobre cascos y corazas,  
los ayes de dolor de los heridos,  
los golpes de los cuerpos en la tierra,  
lanzadas, martillazos, estallidos,  
en fin, todos los ruidos  
de los grandes azares de la guerra.

Veo á mi campeón, sobre el overo,  
batirse con alientos de gigante,  
duro, terrible, fiero,  
tinto en sangre el acero,  
que no cesa en la brega ni un instante.

Y le veo volver con su mesnada

y dejar el botín de la victoria  
á los pies de su amada,  
suplicando tan sólo una mirada,  
que le parece un rayo de la gloria.

. . . . .  
Se escapa la visión. Tomo la pluma  
para fijar y describir aquello,  
que es poético en sí, valiente y bello,  
y la carga me abruma.

Me veo tal cual soy, endeble y chico,  
sin fuerzas ¡ay! para mover de prisa,  
no digo ya un mandoble, ¡un abanico!  
incapaz de matar á un renacuajo,  
tan de raza inferior y tan abajo  
que me da mucha pena... y mucha risa.

¿Cómo puedo elevarme á esas regiones  
de amor sublime, de gloriosa fama,  
si yo ofrezco á mi dama  
cuando más, un cartucho de bombones,  
y creo merecer, sólo por eso,  
un beso impuro... ¡y lo que traiga el beso!

---

## ¡AH PÍCAROS!

---

Cuando yo brindaba amores  
á los coros de señoras  
y me pasaba las horas  
metido entre bastidores,  
el elemento formal,  
severo, grave y sesudo  
me enderezaba á menudo  
un sermoncito moral.

Los consejos eran buenos  
y la materia dispuesta;  
en fin, la esencia era esta  
sobre poco más ó menos:

—Joven, ese es mal camino  
y no está usted en su centro.  
En las cosas de aquí dentro  
hay que andar con mucho tino.

Estas chicas son taimadas  
y atrevidas como pocas,

tiene exigencias locas  
y hacen muy malas jugadas.

En cuanto usted se interese  
por una, es hombre perdido,  
dominado, cohibido  
y esclavo, mal que le pese.

Tendrá usted, de mala gana,  
que obedecer á su *amiga*,  
y ¡ay de usted! cuando se diga:  
«Ese es *el de la Fulana*».

Porque así la voluntad  
más firme se dobla y cede,  
y entonces ya no se puede  
tener personalidad.

Conque reflexione usted  
antes de volver aquí  
y créame usted á mí  
que lo sé... ¡porque lo sé!

Además de estas recetas,  
algún amigo prudente  
decía sencillamente:

—Mira, chico, no te metas.

Yo, que tengo un corazón  
de mazapán de Toledo,  
sentí muchísimo miedo  
de que tuviesen razón;

dejé enseguida mi puesto  
por huir del precipicio

y hasta abandoné el oficio  
para no tener pretexto...

Pero hete que el otro día  
en el escenario entré  
de *Felipe*, no sé á qué,  
después de ver *La Gran vía*,

y hallé un grupo en un rincón,  
otros dos en el pasillo,  
y tres en el jardinillo  
tomando café ó limón;

aquí alegres carcajadas,  
allá coloquios secretos,  
caballeros indiscretos  
y chiquillas animadas.

Fuí, saludé á los señores,  
y ¡oh sucesos inauditos!  
todos eran formalitos,  
todos personas mayores.

—

¡Ay! Endosaban aquellos  
sermones y aquellas riñas...  
¡para que todas las niñas  
se las dejaran á ellos!

---

## DESQUITE

## I

«Madrid junio veintitres.  
No sabes, maldito yerno,  
con la rabia que te escribo.  
Y me alegraré que estés  
muerto ó vivo en el infierno,  
¡si fuera posible vivo!

¿Te parece á tí decente  
que te vuelvas á acordar  
ni del santo de mi nombre  
después del modo imprudente  
con que me fuiste á burlar?  
¡Pues tendrías gracia, hombre!

Yo á mi Isabel he tenido  
prodigándola un derroche  
de cariño paternal,  
hasta que vino un perdido

y me la robó una noche  
mientras me fuí al Oriental.  
¿Que te has casado con ella?  
¡Pues no faltaba otra cosa  
más que escaparse el ladrón!  
Pero á mí no me hace mella  
esa solución honrosa,  
y jamás daré el perdón.

Conque no te canses más  
en pedirlo inútilmente,  
porque estoy hecho una flera  
y illévete Barrabás  
por vil y por indecente,  
suponiendo que te quiera!

Deseo, y Dios es testigo,  
que se te nuble la estrella  
y la desgracia os azote.  
Así es como yo os castigo,  
á tí por bruto y á ella  
por tonta de capirote.»

## II

«Jaén, veintiseis.—Me alegro  
de su salud, y quisiera  
encontrar una manera  
decente, querido suegro,

---

para obtener su perdón,  
perder mi plaza de ingrato  
y calmar el arretrato  
de su justa indignación.  
Comprendo que hice muy mal  
en robar á Isabelita,  
y el matrimonio no quita  
el defecto capital.

Por lo tanto, en lo que pueda  
no quiero que desespere,  
y en seguida, si usted quiere,  
pago en la misma moneda.

Es decir, que puede así  
quedar todo en lo que fué.  
¿Yo se la he robado á usted?  
¡Pues róbemela usted á mí!

Sea usted amable ¡por Dios!  
y en cuestión de dos instantes  
quedan las cosas como antes  
¡y tan contentos los dos!

---

## INJUSTICIAS SOCIALES

---

### EL LACAYO

Hay una frase gráfica que corre  
por libros y papeles,  
como la quinta esencia del desprecio  
con que al humilde prójimo se ofende.  
*La infamante librea del lacayo  
que denigra, rebaja y envilece.*  
Esto es una mentira manifiesta,  
una injuria brutal, soez, aleve,  
que cae sobre una clase numerosa  
á la cual impedimos defenderse.  
¡Yo voy á defenderla  
con permiso de ustedes!  
En cepillar la ropa del que paga,  
limpiar un coche, betunar arneses,  
servir la sopa y saludar al dueño  
quitándose el sombrero humildemente,

yo no encuentro motivo  
para que un hombre honrado se avergüence,  
ni tengo inconveniente en ser lacayo  
si me lo manda la voluble suerte.

¡Infamante librea! Y ¿quién lo dice?

¿Quién puede blasonar de independiente?

¿El Rey que vive, come y hasta manda  
sin propia voluntad, esclavo siempre?

¿El Ministro que dobla la cintura  
ante una camarilla que le muerde?

¿El militar que sirve por el premio  
aunque sea la patria quien le premie?

¿El orgulloso noble  
que asombra con el lujo de sus trenes  
y se arrastra después, como una oruga,  
sirviendo á su mujer ó á sus mujeres?

¿El mísero empleado  
que pasa el tiempo en adular al jefe  
y espera recostado en el pupitre  
para ser un criado del que llegue?

Si es bajo obedecer, paso la frase;

¡pero conste que todos obedecen!

¿Qué más da que le digan á un cristiano:

—Cochero, ¡á la Cibeles!

que—Haga usted una mesa de escritorio.

—Despache usted enseguida ese expediente.

—Escriba usted un artículo de Hacienda.

—Por razones de Estado allá va el cese.

—Haga usted un monumento,  
ó ¿tráeme chocolate hecho con leche?  
El caso es que se sirve por dinero  
y nada es deshonoroso si es decente.  
Trabajar á las órdenes de alguno  
ni es indigno, ni abruma, ni envilece,  
y todos dependemos de cualquiera  
por la más inmutable de las leyes.  
¡A no ser que la ropa del lacayo  
sea lo que le infama ante las gentes!  
Pero eso es imposible,  
pues todos hemos visto muchas veces  
muchachos elegantes con librea  
que son la admiración de las mujeres

---

---

## CÍRCULO VICIOSO

---

—Vamos, no llores ahora  
y confésate tranquila.

Dios ayuda al que vacila;  
la fé consuela al que llora  
y fortifica el perdón  
al espíritu valiente...

—No lloro precisamente  
por dolor de corazón,  
sino porque mi marido,  
que tiene un genio muy malo,  
me acaba de dar un palo  
por cuestiones del cocido.

—Es que hay casos en la vida  
en que algunas los merecen.

—¡Ay, padre! ¡Si se endurecen  
los garbanzos enseguida!

—Pues ten paciencia, que el cielo

premia siempre la paciencia,  
y sólo en la penitencia  
se puede encontrar consuelo.

—Eso mismo el confesor  
me dijo el año pasado,  
y eso me ha perjudicado.

—No puede ser.

—Sí, señor.

Porque me paso la vida  
en el templo, ante el altar,  
pidiendo á Dios que á mi hogar  
vuelva la calma perdida.

Para lograr mis deseos  
yo no faltó á los sermones,  
letanías, procesiones,  
novenas y jubileos,

y es inatural! entretanto  
el puchero se me pega,  
y cuando mi esposo llega,  
ya se sabe, tunda al canto.

Allí me llama el deber,  
pero aquí la devoción,  
y en tan dura situación  
yo no sé, padre, qué hacer.

Por lo que pasa en mi casa  
me vengo á rezar aquí,  
y luego, por esto, allí  
me pasa lo que me pasa.

---

—Pues no es preciso que escojas  
entre el templo y el hogar;  
te basta... con no tomar  
el rábano por las hojas.

---

## AL CAMISERO

---

Sepa usted que trabajando  
desde el miércoles al martes  
y privándome de todo  
reuní sesenta reales,  
y me hizo usted dos camisas  
y se las pagué al instante,  
y resulta que no sirven  
por ser demasiado grandes.  
Estoy dado á cuatrocientos  
millones de *Barrabases*,  
porque no tengo en mi casa  
camisa con que mudarme,  
y soy los chorros del oro...  
¡y no es porque yo me alabel!  
¿No tomó usted las medidas?  
Pues no me negará nadie  
que he comprado por tres duros

el derecho de insultarle.  
A usted le hará poca gracia  
que un parroquiano le falte  
al respeto, y querrá hacerme  
un chichón en cualquier parte.  
Es natural, pero vamos  
á cuentas, y hablemos antes:

Yo escribo de vez en cuando  
juguetes insustanciales,  
y como no soy maestro,  
acierto de tarde en tarde.  
Bueno, pues usted entrega  
en el despacho tres reales,  
ocupa usted su butaca,  
¡juez severo é implacable!  
y ya tiene usted derecho,  
aunque no entienda del arte,  
para *pegarme* una silba  
de las que encienden la sangre.  
A lo mejor me equivoqué  
al dibujar un carácter,  
ó al hilvanar una escena  
ó al preparar una frase,  
y la obrita, que juzgaba  
de mérito indisputable,  
me resulta una copiosa  
colección de disparates.  
Usted ¡claro! se enfurece,

y cuando llega el instante  
de dar el tremendo fallo,  
se vuelve contra la *claque*  
y ahoga las palmaditas  
con que pretende salvarme...  
Luego la toma conmigo,  
me llama bárbaro y cafre  
y pide á Dios y á los guardias  
que me lleven á la cárcel.

Todo lo cual me parece  
muy justo y muy razonable...  
¿No lo hago bien? Pues me gritan:  
¡quien tal hizo que tal pague!  
Pero la ley es la misma  
para todos, ó no vale.  
A mí me disgustan mucho  
estas camisas tan grandes,  
y voy á comprar un pito,  
y mañana, por la tarde,  
á la puerta de su tienda  
y cuando más gente pase,  
le voy á dar una silba  
que se va á oír en Getafe.

---

---

**CONSOLATRIX AFLICTORUM**

---

¡Vive, Juan, y recobra tu alegría  
y malgasta el dinero, si lo tienes,  
pasando el santo día  
metido en aventuras y belenes!

¿A qué viene esta estúpida tristeza?  
Al mundo se le vence con audacia.  
¿Por qué se te ha metido en la cabeza  
que se goza la gente en tu desgracia?

¿Que tu mujer ha sido  
como fueron millares de mujeres,  
y faltó á sus deberes,  
y se jugó el honor y lo ha perdido?

Su honor, ¡pero no el tuyo!  
Si una persona extraña, indiferente,  
que acoges en tu casa casualmente,  
derrocha lo que es suyo,  
¿por eso serás tú menos decente?

Tú cogiste á la infame compañera  
y la echaste al arroyo, como un trapo  
que no puede limpiar la lavandera...  
¿Qué te importa que ella haga lo que quiera?  
¿Por qué ha de ser tu esposa ese guñapo?

---

---

## COSAS DE NIÑOS

---

Estaba aburrido ayer,  
por lo cual fuí de visita  
á casa de doña Rita,  
que es una buena mujer.

Se quejó de mi abandono,  
me llamó tunante, pillo...  
pero me dió un pastelillo  
y una copita *del mono*.

Y es el caso horrible y cierto,  
que sonó la campanilla  
y entró la honrada y sencilla  
familia de don Ruperto,  
que se compone de él mismo,  
su mujer, linda alcarreña,  
y una niñita pequeña  
que parece un sinapismo.  
Los papás la quieren tanto

que hablan siempre sólo de ella.

—¡Qué monísima!—¡Qué bella!

—¡Y qué lista, cielos santo!

—Dale un beso á aquel señor.

—Abraza á aquella señora.

—¡Niña más encantadora!

—¡Qué lindeza!—¡Qué primor!

(Y la chiquilla callada  
comiendo con ansia un bollo.)

—Saluda en francés, pimpollo.

(Nada.)—Dinos algo. (Nada.)

¿Te acobardas? Vamos dí,  
contesta en un periquete.

¿Quién es tu papá?—Ete, ete.

(Y me señalaba á mí.)

—¡No, tonta! (grita mamá  
ofendida, y con razón.)

Aquel que está en el rincón,

¡ffjate! aquel es papá.

Se aturde la pobrecita,  
y hasta que el miedo no eche...

—¡Chist! ¿Cómo te llamas?—Cheche!

—¿Qué quiere decir?—¡Julita!

—¡Ah! pues lo dice muy claro.

—¡Si es muy lista!—Ya lo veo.

—¡Y baila muy bien!—Lo creo.

—¡Y nunca tropieza!—Es raro.

—Verá usted: ¿Quieres bailar?

—Anda, nena, baila un poco.

Toca, Ruperto.—Y ¿qué toco?

—Cante usted.—No sé cantar.

—Cualquier cosa; un rigodón...

—Allá va, pues no hay escape:

¡Tipitape, tipitape,

tipitape, tipitón!

. . . . .

—¡Es precioso el estribillo;

qué música tan sencilla!

(Y á todo esto la chiquilla

quieta como un marmolillo.)

—¡Qué bien le está el traje azul!

—¡Vaya; es una buena moza!

—¡Si viera usted como goza

tirando del rabo al *Tul!*

—¿Y quién es el *Tul!*?—El gato.

—Niñita, vamos á casa.

—¡No tero! (Y sigue la guasa

y se hace eterno el mal rato.)

Y pasamos en un brete

toda la tarde de Dios.

La cosa empezó á las dos

¡y no acabó hasta las siete!

¡Ay! ¡Qué engorrosos cariños!

Me fastidian; me sublevan

esos padrazos que llevan

á todas partes los niños.

Tanto mimo ya no pasa;  
que los quieran, sí, señor;  
pero ¡qué hagan el favor  
de dejárselos en casa!

---

---

## EL POETA Y LOS CERDOS

---

Subyugando á la musa veleidosa  
con una inspiración omnipotente,  
robusta, vigorosa,  
más brillante que el sol, y más hermosa  
que los ensueños del amor naciente,  
pulsó el genio viril el arpa de oro  
y la arrancó unas frases tan galanas  
que forman el tesoro  
más rico de las letras castellanas.

Vertió por su camino seda y raso,  
montones de esmeraldas y de perlas  
y lágrimas y flores... y al verterlas  
pensó el poeta acaso:  
—Cuando lleguen á ver mis creaciones  
otras generaciones,  
me darán los honores de la gloria,  
y así mi nombre pasará á la historia.—

¡Buen chasco se llevó! ¡Quién sospechara  
que fuera tan tremenda la injusticia!  
Lo que vino detrás fué una piara  
de puercos, deseosos de inmundicia,  
á meter las narices asquerosas  
en las piedras preciosas.

Y al mirar los brillantes esparcidos,  
—Sigamos adelante (dijo un guarro,  
desahogando la rabia con gruñidos),  
esto no vale nada. ¡Aquí no hay barro!

---

---

**AL AMIGO BARTOLO**

---

Yo sé que á Madrid viniste,  
como vienen tantos otros,  
á ganar dinero y gloria  
con un entusiasmo loco,  
que te lanzaste á la lucha  
y chocaste, como todos,  
con obstáculos muy grandes  
y compromisos muy gordos.

Las doradas ilusiones  
se perdieron poco á poco,  
y se agotó la energía  
de que trafas acopio.  
¡Eso es lo que pasa siempre!  
Te equivocaste, Bartolo,  
como se equivocan muchos  
á quienes guía el demonio.  
Resultó que tus comedias

eran malas, de tal modo  
que, á su lado, son divinas  
las que causan alborotos;  
que tus versos no eran versos  
ni tienes forma ni fondo  
para escribir dos noticias  
como las escribe un trompo.  
Vencido, pues, en la lucha  
y con los zapatos rotos,  
te agarraste á cualquier cosa  
y estás, si no me equivoco,  
de aprendiz de zapatero  
con seis reales, siete ú ocho.  
Ayer te encontré en la calle  
y tú bajaste los ojos,  
temiendo que me burlara  
de tu estado lastimoso.  
¡Burlarme! ¡Bueno sería!  
¡No me conoces, Bartolo!

Otro cualquiera, en tu caso,  
maldiciente y vanidoso,  
tomaría su torpeza  
por envidia de los otros,  
y escupiendo á los de arriba  
se desahogarfa, como  
si rebajando á los listos  
pudieran crecer los tontos!  
Y, al fin, tomando la pluma,

---

de aquí aprovecho, allá robo,  
taparía con lo ajeno  
las faltas de ingenio propio...  
Ruborícense, si pueden,  
los que dan por plata plomo  
y pasan por literatos  
siendo, el que más, un cerrojo;  
pero tú, que, convencido  
de que tu camino es otro,  
trabajas honradamente  
por conservar el decoro,  
¿por qué has de andar por la calle  
con la vergüenza en el rostro?

¡Sigue siendo zapatero!  
Que es mucho más bochornoso  
robar comedias francesas  
que andar con la suela al hombro.

## ¡NO HAY BANDERA!

---

Yo lo supe por uno del oficio,  
y cuento, por si alguno no lo sabe,  
que cuando se concluye un edificio  
sin accidente grave,  
ondea en el tejado  
al dar la paletada postrimera,  
hasta que cae podrido y destrozado,  
el percal amarillo y colorado  
á guisa de bandera.

---

Un sábado, de noche, la campana  
llamaba á los obreros  
á cobrar el jornal de la semana,  
y allá por los aleros  
y junto á las cornisas y balcones  
cesaron de repente las canciones,  
se suspendió el trabajo,

---

y por cuerdas, andamios y escalones,  
fué todo el mundo abajo.

Oyóse en las alturas un lamento  
de terror, de ansiedad y de coraje,  
se rompió un basamento,  
y un cuerpo rebotó en el maderaje  
y se vino á estrellar en el cimientó.

Agrupóse el gentío  
procurando animar la masa inerte,  
espantado ante el golpe de la muerte  
con el glacial silencio que da frío.

Era un montón informe el desdichado...  
Llegaron la pareja y la camilla  
y echó á andar el cortejo acongojado  
con la convulsa mano en la gorrilla.

Me acerqué en el instante  
y pregunté—¿qué pasa?—á un rapazuelo  
de blusa blanca, que miraba al cielo  
con el terror pintado en el semblante.

No he sentido en mi vida  
emoción parecida  
á la que hizo agitarse mi alma entera  
cuando el chico exclamó:

—¡Que no hay bandera!

---

## EN EL OLIMPO

---

—¿Adónde va usted?

—Aquí.

—¿Sí? ¿Cómo se llama usted?

—Fulano de Tal.

—¡Ah, sí!

—Soy poeta.

—Ya lo sé.

Le conozco por la fama  
que suena constantemente,  
y al hablar de usted, le llama  
distinguido y eminente.

—No sé si tendrá razón.

—Supongo que la tendrá,  
porque, ¡hasta en esta región  
es usted célebre ya!

¿Qué ha hecho usted?

—Un poemita;

obra que tiene bemoles.

—¿En cuánto tiempo está escrita?

—En tres años.

—¡Caracoles!

Será muy bueno el poema,

pero ¡es un grano de anís!

¡Tres años!

—Es el sistema

que se estila en mi país.

—Y ¿de qué trata?

—Pues trata,

señor, de bastantes cosas:

perlas, nubes, oro, plata,

lagos, arreboles, diosas,

cientos de descripciones brillantes,

algunas frases valientes,

mil palabras retumbantes,

y párrafos elocuentes.

—Gustaría...

—¡Ya lo creo!

Seduces, encantas, embelesas;

lo leí en el Ateneo,

lo dediqué á una Duquesa;

la prensa, unánime, dijo

que era yo una maravilla...

—¿De buena fe?

—¡Bah! de fijo;

¡es la prensa tan sencilla!

—¿Qué más hizo usted?

—Pues... nada,

¿qué había de hacer, cristiano?

Ir de tertulia en velada  
con el poema en la mano.

—Pregunto si ha escrito usted  
más obras.

—¡Ah! Sí, señor.

Un cantar que dediqué  
al objeto de mi amor,  
una décima á un entierro,  
una quintilla á un bautizo,  
y unas cuartetas al perro  
de un señor caballerizo.

—Y ¿cómo con esa flema  
ganó usted á tantos jueces?

—¡Toma! Leyendo el poema  
lo menos quinientas veces.

—Pues, hijo, yo he recibido  
muchísimos desengaños,  
y... me tienen ya molido  
los poemas de tres años.

(Y Apolo dejó al autor  
con la disculpa en la boca,  
murmurando:—Pues señor,  
¡la gente se ha vuelto loca!)

## EN UN ÁLBUM

En un montón de rosas  
hizo un genio su tálamo á una ondina  
que iba á ser el *non plus* de las esposas.  
Ondina de belleza peregrina  
que excitaba la envidia de las diosas.

Al principio el esposo, enamorado,  
se embriagaba en el goce indefinido  
y hallaba de su agrado  
los perfumados pétalos del nido.

. . . . .  
Se secaron las rosas  
y lo que fué mullido y oloroso  
fué perdiendo el aroma delicioso...

¡Oh condición mudable de las cosas!  
El genio se aburrió. Sordo al halago  
no hay mimo que le atraiga y que le llame.  
Y decía la ondina:—¡Golpe en vago!

¡quiera usted á un infame  
para hallarse después con este pago!—

—  
¡Oh niñas candorosas!  
Nadie os consolará cuando se truequen  
los sueños en verdades lastimosas...  
Conque ¡ajo con los tálamos de rosas  
porque es lo más probable que se sequen!

---

**¡OH, EL ARTE!**

---

Tendida indolentemente  
sobre almohadas orientales  
y enseñando indiferente  
sus formas esculturales,

Mariquita la modelo  
va pasando la mañana;  
tiene unos ojos de cielo,  
tiene unos labios de grana  
y una línea tan correcta,  
y tan suave, y tan graciosa,  
que fuera cosa perfecta,  
si lo fuera alguna cosa.

En fin, ¡si será un primer  
su belleza singular  
cuando está haciendo el pintor  
una Venus en el mar,  
y no ha encontrado modelo



mejor que la Mariquita  
con sus ojillos de cielo  
tan completa y tan bonita!

Al aire el turgente seno,  
los contornos tentadores  
y aquel cuerpecito, lleno  
de detalles y primores,

no se acierta á comprender  
que pueda estar un varón  
delante de tal mujer  
en tan hermosa ocasión,

sin humillar la cabeza  
y rendir pleito homenaje  
al amor y á la belleza  
sin adornos ni ropaje.

El artista, sin embargo,  
con la pipa entre los dientes  
parece no hacerse cargo  
de tan lindos alicientes,

y trabaja con ardor  
copiando tanta hermosura,  
sin cuidarse de otro amor  
que el amor á la pintura.

Y acabada la tarea,  
se aparta del caballete  
y dice á la chica:—Ea,  
muchacha, vístete y vete.

—

Diluviaba de tal modo  
sin dejarlo ni un instante,  
que, por librarse del lodo,  
una muchacha elegante,  
al ir á cambiar de acera,  
mostró, sin querer acaso,  
lo que enardece á cualquiera  
cuando se lo encuentra al paso.

Porque dudo del decoro  
de unas botas imperiales  
que sostienen un tesoro  
de contornos ideales,  
y no habrá nadie que pueda  
contener el corazón  
ante unas medias de seda  
que son una tentación.

Un transeunte arrojado  
cayó en el lazo incitante,  
y se marchó entusiasmado  
tras la muchacha elegante.

Y como la juzga bella,  
aunque lo que ha visto es poco,  
el hombre corre tras ella  
y va cada vez más loco.

Y es capaz, según preveo,  
de hacer algún disparate  
guiado por el deseo  
que le sirve de acicate.

Al cabo se acerca. — ¡Eh!  
niña, vales un Perú!

— ¡Maestro! ¿cómo está usted?

— (¡Mariquita!) Bien ¿y tú?

---

## LA PENA DE MUERTE

---

### I

Atados por los codos, ateridos,  
balbuciendo blasfemias, y guardados  
por un fuerte piquete de soldados,  
marchan en la carreta seis bandidos.

Se ha prohibido hablar, y las culatas  
ó las tremendas hojas de los sables  
ahogan al instante las bravatas  
de aquellos miserables.

¿Adónde van? La cárcel les espera,  
y después, en la plaza de la villa,  
el siniestro armatoste de madera,  
la sanguinaria multitud que chilla,  
el vulgo que, cobarde é inhumano,  
ruge feroz al imponer su yugo,  
y la mano traidora del verdugo

que representa al pueblo soberano.

¡Brava hazaña, por Dios! ¡Se ha reunido toda la sociedad sólo por eso!

¡A matar por la espalda á un pobre preso, poniendo por razón que la ha ofendido!

## II

¿Y qué hicieron los seis? En un atajo sorprendieron, armados, á un arriero que entregó, de rodillas, su dinero, producto de una vida de trabajo.

Después, entre feroces carcajadas, le metieron un clavo por la frente, le cosieron el cuerpo á puñaladas, le arrancaron los ojos brutalmente y pasaron un rato de alegría parodiando el dolor de la agonía.

Pero el terrible acero de la justicia lo que coge corta; y hoy se junta la villa, ¡el mundo entero! para vengar la muerte de un arriero que no conoció nadie, ni le importa.

La prensa inútilmente alzó su voz potente tronando contra el bárbaro derecho que la cobarde humanidad se irroga

---

para vengar el crimen con la soga,  
que es un crimen igual, y peor hecho.

En vano, por librar á los malvados  
del hacha del verdugo,  
se sacó á colación por todos lados  
la santa indignación de Víctor Hugo.

La ley es implacable, dura y fuerte!  
No tuvo compasión. ¡Pena de muerte!

### III

Eso no puede ser. El pueblo avanza  
en busca del progreso. ¡Conque abajo  
las sangrientas ideas de venganza!  
Tratemos al bribón con más templanza,  
y acaso se redima en el trabajo.

Los seis que asesinaron al arriero  
son hombres con las almas corrompidas;  
pero ¿quién autoriza al mundo entero  
para que así disponga de sus vidas?

¡Sólo Dios es el dueño de la muerte!  
Si estorban los bribones,  
dejadlos sin comer en las prisiones...  
hasta que Dios disponga de su suerte.

---

## CANDOR INFANTIL

---

—Atiende, Juanito,  
¿te gusta la estampa?  
Aquí ves temblando  
de miedo los guardias  
que ya no se fían  
de escudos ni lanzas.  
Un ángel hermoso  
la losa levanta,  
Jesús aparece  
y al cielo se marcha.  
—¡Qué lindo es el ángel!  
¿De veras te agrada?  
Pues hay en el cielo,  
cantando el *hosanna*,  
millares de miles  
como ese que baja  
con alas azules

y túnica blanca.

¿Y quiénes son ellos?

Los niños que callan

y todos los días

se lavan la cara,

y no tiran nunca

la copa ó la taza,

ni piden juguetes,

ni pegan al aya,

ni rompen la ropa,

ni gritan, ni rabian.

—Y á mí, si soy bueno

y al cielo me mandan,

¿también enseguida

me salen las alas?

—Lo mismo que á todos

—¿Muy largas?

—Muy largas.

—¿Y puedo ir volando

por el aire?

—¡Vaya!

—¿Y entrar en el huerto

de doña Mariana

coger unas peras

y volverme á casa?

—Pues claro que puedes;

pero, ¿qué adelantas,

si luego en la gloria

no tienes entradas?

—¿Por qué me la cierran?

—¿No sabes ¡caramba!  
que no entra en el cielo  
quien roba manzanas?

Entonces el novio  
de doña Mariana  
también va á encontrarse  
la puerta cerrada.

—¡Silencio, chiquillo!

—¡Si dice la chacha  
que le ha visto anoche  
saltando la tapia!

---

---

## A GRANDES MALES...

---

Una buena muchacha, pero muy buena,  
que nació, según dicen, en Cartagena...  
(Si en vez de ser muy buena fuera muy mala,  
su pueblo hubiera sido Zamarramala;  
porque esto es lo que pasa cuando al principio,  
por hallar consonante, se saca un ripio.)  
Digo, pues, que una chica muy retrechera,  
natural de... corriente, de donde fuera,  
se pasaba las horas al ventanillo  
charlando con un joven de Valsequillo.  
(Si en vez de ventanillo fuera ventana,  
de fijo nace el joven en Santillana.)  
La vecindad, que siempre se mete en todo,  
y escucha y escudriña de cualquier modo...  
(Este *de cualquier modo*... ¡pero, en fin, pásel  
porque al menos es ripio de buena clase.)  
Decía que en la casa toda la gente  
no encontraba correcto ni conveniente  
que la chica de... bueno, de donde fuera,

tuviera relaciones en la escalera;  
y una señora viuda de un zapatero,  
que tenía pupilos en el tercero...  
(¡Si llega á ser la viuda de un retirado,  
pongo á los infelices en el tejado!)  
dijo no sé qué cosas á la portera  
con toda su energía de pupilara,  
y el dueño de la casa supo enseguida  
que había una pareja muy atrevida  
que haría de seguro mil desatinos...  
¡y que ya se cansaban los inquilinos!

Pues, señor, es el caso que fué el casero  
con propósito firme de ser severo  
y de echar un discurso breve y sencillo  
á la preciosa joven del ventanillo.

Le recibió en el acto la interesada,  
dulce como el susurro de la enramada  
y hermosa como el cielo de Andalucía...  
(No me sale de dentro la poesía.)

Lo cierto es que la chica de... Cartagena  
era una buena moza, ¡pero muy buena!  
y tenía en los ojos un atractivo  
que por indescriptible no lo describo...

—

Total: por la denuncia de la portera,  
ya no pasea el novio por la escalera...  
¡Se salió con la suya la del tercero!  
nadie ve á la vecina... más que el casero...

## LAS BUENAS FORMAS

¡Oh, mi señor don Tadeo!  
me asombran esos renglones  
porque en ellos, según creo,  
me da usted explicaciones  
y ni yo las necesito,  
ni aquello vale la pena,  
porque no me importa un pito  
lo irrisorio de la escena.

Usted tuvo la atención  
que yo le agradezco á usted,  
de enviarme invitación,  
y ¡claro! fui á la *soirée*.

No podía yo pensar  
que después, al verme allí,  
todos se iban á burlar  
de tal manera de mí.

Pero tenían razón,

y comprendo la bromita,  
puesto que la reunión  
*era de frac ó levita,*

y yo que peco de necio  
en cuestiones de etiqueta,  
me gané todo el desprecio  
que merece mi chaqueta.

Hubo pullas, alusiones,  
frases de doble sentido...,  
¡lo que en estas ocasiones  
le dan á un desconocido!

En fin, usted ya lo sabe,  
fué creciendo la jarana  
y si el delito era grave  
la zumba fué soberana.

Hoy usted, como buen amo  
de casa, me escribe atento  
y ofrece galante el ramo  
de oliva al resentimiento;

pero eso que usted pretende  
es cortesía excusada,  
porque á mí nadie me ofende  
ni con eso, ni con nada.

Porque todos los agravios  
que hace el mundo, siempre son  
procedentes de los labios  
y nunca del corazón.

¿Cómo puedo yo creer

que gente bien educada  
fuera á hacerme padecer  
por semejante bobada?

Lo que se ha dado en llamar  
buenas formas, es tal vez  
deseo de empalagar  
rayano en la estupidez.

No hay quien de ellas no reniegue  
porque aborrece la norma,  
y no pida á Dios que llegue  
en seguida la reforma.

A mí esa farsa brillante  
ni me importa ni la quiero,  
puesto que hoy es elegante  
lo que ayer era grosero.

Que el guante, que la pechera,  
que la corbata, que el lente,  
en fin ¡hasta la manera  
de saludar á la gente!

¡Qué variaciones! ¡Cuidado  
que es tarea empalagosa!  
El hombre bien educado  
se conoce en otra cosa.

En no sacar á la escena  
la egoísta vanidad,  
y en posponer á la ajena  
la propia comodidad

En eso, ni más ni menos,

consiste la cortesía  
Porque ¿qué ganan los buenos  
con vana palabrería?

Yo he visto mil caballeros  
elegantes, relamidos,  
galanes, cumplimenteros  
y planchados... y barridos,  
que pasan la vida hablando  
de los sociales deberes,  
suben al tranvía dando  
codazos á las mujeres,  
tratan mal á los mendigos,  
y quitan á todas horas  
el pellejo á los amigos  
y al honor á las señoras.

Yo, que me aturdo en seguida  
ante un extraño cualquiera,  
y no he sabido en mi vida  
saludar á la portera,

no molesto á los demás  
por aumentar mi placer,  
y no he faltado jamás  
al respeto á la mujer;

y sin fijarme en el talle,  
guapa ó fea, dama ó tía,  
la doy la acera en la calle  
y el asiento en el tranvía...

En fin, el desbarajuste

---

de fórmulas engorrosas,  
allá, para el que le guste;  
yo no entiendo de esas cosas.

¿Que soy muy raro? Lo creo,  
pero en punto á cortesía  
créame usted, don Tadeo,  
la verdadera es la mía.

## GENIO Y FIGURA...

---

¿Y usted qué opina, doña Isidora,  
de su sobrina Circuncisión?

¡Jesús, Dios mío, cómo está ahora!

¡Pronto ha cambiado de vocación!

¡Como que nunca sale del templo  
si no la dicen: — «Se va á cerrar,» —  
y á las devotas sirve de ejemplo  
siempre de hinojos ante el altar!

¡Ella que era antes una coqueta  
como en el pueblo no había tres,  
tan casquivana, tan pizpireta,  
con cuatro novios en cada mes!

¡Y verla ahora cuidando luces,  
sacando santos en procesión!...

¡Doña Isidora, yo me hago cruces!

¡Me vuelve loco Circuncisión!

¿Quién cree que es ella la que alegraba  
con sus enredos la vecindad  
y de cualquiera se enamoraba  
con asombrosa facilidad?

¡Miren ahora la pobrecita  
que ya no sabe lo que es amor!  
En vez de esencias, agua bendita,  
y en vez de bailes, altar mayor.

Ya por el pueblo dicen las gentes  
que si ella sigue por donde va,  
aun á despecho de sus parientes  
en un convento se meterá.

Yo no comprendo de ningún modo  
que sea monja Circuncisión,  
aunque estos días lo olvide todo  
y lllore y rece con devoción.

Vamos á cuentas, ¿á qué viene eso?  
Si Dios se entera, ¿qué dirá ÉL?  
Siempre en la iglesia ¿no es un exceso?  
¿Se ha arrepentido, ó hace el papel?

¿Usted qué opina, doña Isidora,  
de tan extraño místico afán?  
¿Es que se enmienda? ¡Pues no, señora!  
¡Se ha enamorado del sacristán!

---

## EN CONFIANZA

---

Estoy muy desesperado  
conmigo mismo... y con otros  
que se empeñan en hacerme  
calaverilla bisoño

¡Dale á mirarme á la cara  
y á escudriñarme los ojos,  
y á ver arrugas fatales,  
marca de graves trastornos,  
y á asegurar que me llevan  
los diablos dentro de poco,  
y á darme buenos consejos  
que ni yo dejo ni tomo!

—«¡Tú estás malo, criatura!

—¡Tú vas á morir muy pronto!

—¡Vaya una vida que tienes!

—¡Bien te diviertes, galopo!

—¡Tú te gastas el dinero

malamente, ¡lo conozco!  
—Con la salud no se juega.  
—Te recomiendo el ahorro.  
—El que de joven no guarda,  
muere miserable y solo...»  
Y así los que al paso encuentro  
me acribillan á piropos  
y compasivos me venden  
protecciones que no imploro.  
No se le ocurre á ninguno  
calcular ni por asomo,  
que puede ser el trabajo,  
á cuyo peso me doblo.  
No, señor, si tengo ojeras  
es señal de que trasnocho,  
y si trasnocho, es seguro  
que me consume el jolgorio,  
francachelas ó barajas,  
ó mujeres, ¡ó demonios!  
Y entre que soy inocente  
y entre que lo niegan todos,  
estoy pasando en la vida  
las penas del purgatorio.  
¡Caigan pestes y anatemas  
sobre el muchacho vicioso  
que desbarata el producto  
del trabajo de los otros  
y en el albor de la vida

viene á parar en el hoyo!  
Los que heredan cinco duros  
y los ponen al tres de oros  
ó se los dan á una chica  
para comprar perifollos,  
bueno que sufran sermones  
y consejitos juiciosos;  
pero yo, que sin ayuda  
me lo guiso y me lo como  
y solito salgo en busca  
de lo que me pierdo solo,  
¿qué grave falta cometo  
ni en qué compromiso pongo  
á nadie, y á quién fastidio  
si no prospero ni engordo?  
A los graves moralistas  
les debe importar muy poco  
que en la corte me consuma  
liquidando lo que cobro.  
Vine con una peseta  
¡y tengo derecho á todo!

---

---

## GÉNERO EPISTOLAR

---

«Querida Encarnación: Hace una hora me separé de tí con sentimiento, pero, hija, se acababa la tertulia y tu papá nos dijo que nos fuésemos.

Ahora voy á acostarme, pero ansío antes, hermosa, de entregarme al sueño, jurarte una vez más, según costumbre, que te quiero, requiero y retequiero.

Voy á soñar contigo, prenda mía; ¿soñarás tú conmigo? Lo sospecho; ¡por qué á tales extremos nos conduce el insensato amor que nos tenemos!

Á las ocho y cuarenta voy á clase y por tu calle pasaré. Te ruego que salgas al balcón, como una estrella para dar un placer á tu lucero.

Esta tarde á las cuatro, si Dios quiere,

te volveré á escribir por el correo,  
contestando á la tuya de las once,  
que, como á todas, cubriré de besos.

Y á las nueve y minutos de la noche  
iré á tu casa, cual si fuera al cielo,  
á decirte otra vez cuanto te adoro  
al amor de la lumbre del brasero.

¿Eres feliz, verdad? Yo lo soy mucho,  
y en el volcán de la pasión me quemo  
cuando tú, por debajo del tapete,  
me abandonas las puntas de los dedos...

Adiós, mona, monona, remonona,  
¡no me olvides jamás! Por tí me muero.  
Recibe el corazón, y la cabeza,  
y (puntos suspensivos) de tu

*Alfredo.*»

—  
Esta carta ha llevado esta mañana  
Maximino Terrones, el cartero.  
¡Y cuidado que tiene tres bemoles  
hacer sudar á un hombre para eso!

---

---

## LA DIPLOMACIA

---

No hace mucho, dos naciones  
que no diré cuáles son,  
tuvieron una cuestión  
por yo no sé qué razones,  
y por yo no sé qué nota  
de yo no sé qué empleado  
hubo un Ministro de Estado  
lo mismo que una pelota,  
que con el formal deseo  
de hacer algo interesante,  
telegrafió al Almirante:  
—¡Empiece usted el bombardeo!

Y sin pensar que la nota  
pudiera ser disparate,  
pronto en línea de combate  
quedó formada la flota.

Con las banderas izadas

y con lastimoso acierto,  
todos los buques del puerto  
largaron sus andanadas.

—¡Guerra!—gritaron en tierra;  
hubo mueras, maldiciones...  
y empezaron los cañones  
su conversación de guerra.

¡Bien lo hicieron los del mar!  
¡Qué derroche de metralla!  
Pero los de la muralla  
tiraban también á dar,

y á cada descarga cierta  
de una ú otra batería,  
como un torrente corría  
la sangre sobre cubierta.

La gente de la ciudad,  
irritada con la ofensa,  
desplegaba en la defensa  
rabiosa ferocidad,

y de los buques lanzaba  
tal fuego la artillería,  
que sobre el pueblo caía  
como un torrente de lava.

Resúmen: Un cataclismo,  
cien casas desmanteladas  
y dos fragatas blindadas  
en el fondo del abismo.

El asunto iba mejor;

---

el conflicto no era serio,  
se convenció el Ministerio  
y se deshizo el error.

Y al final de la jornada,  
forzando marcha un crucero,  
llevó al puerto un caballero  
agregado de embajada,

que á los que habían quedado  
entre las cuatro paredes,  
dijo:—Dispensen ustedes,  
¡nos hemos equivocado!

---

## MINIATURA

---

—¡Oh, Venancia! ¡mi vida y mi consuelo!  
¿sabes lo que te digo?

Que cubras desde ahora con un velo  
esa cara de cielo  
cuando salgas de noche á hablar conmigo.  
Porque con esa luz que centellea  
en tus ojos ¡oh cándida paloma!  
se alborotan los gallos de la aldea,  
¡creyendo que es el sol el que se asoma!

Esto, en otras palabras, le decía  
un zagalote con la manta al hombro  
á una moza gentil, pero bravía,  
que escuchaba sus frases con asombro.

Y en el otro hemisferio, á gran distancia,  
pensaba triste el sol:—¿Qué habré yo hecho  
para que un zampatortas sin provecho  
se atreva á compararme con Venancia?

---

## LA LEY DEL EMBUDO

---

Usted entiende la moral  
de una manera muy rara,  
y eso me parece mal,  
señora dona Genara.

Y voy á explicar por qué  
la digo lo que usted acaba  
de oír: ¿No se acuerda usted  
de que una noche en Eslava,  
viendo una pieza picante  
de las que gustan á veces  
y en que había una brillante  
colección de desnudeces,  
al verme muy satisfecho  
me soltó usted un sermón,  
y sintió hervir en su pecho  
pudorosa indignación?

Dijo usted mil picardías

de esa clase de placeres,  
y llamó perras judías  
á aquellas pobres mujeres,  
cuyas faltas horrorosas  
son hacer cuatro piruetas  
y enseñar algunas cosas  
á cambio de dos pesetas.

¿No se acuerda, usted, Genara,  
de lo que hablamos allí?  
Pues entonces, ¿con qué cara  
se me presenta usted así?

¿Que va usted á entrar en el baño?  
Pues que el demonio me lleve  
si no encuentro muy extraño  
que el pudor no se subleve.

¿Es porque usted se figura  
que todos esos mirones  
no buscan en su hermosura  
maléficas tentaciones?

¿O cree usted á pie juntillas  
que en usted no es indecente  
enseñar las pantorrillas  
á todo bicho viviente?

¿Que es costumbre? Sí, señora,  
no digo que no lo sea;  
pero, como usted no ignora,  
es una costumbre fea.

Y no hay que venir con estos

remilgos con que usted viene.  
Para el pudor no hay pretextos;  
ó se tiene ó no se tiene.

Además, no creo que haya,  
por un caso extraordinario,  
una moral en la playa  
y otra para el escenario.

Otro dato en mi favor:  
aquella falsa turgencia  
la mira el espectador  
casi con indiferencia,  
porque ya está acostumbrado  
á verla todos los días,  
y sabe que en el tablado  
todas son supercherías.

Pero usted, que por lo honesta  
es un ángel de candor,  
usted que no está dispuesta  
á conceder un favor,  
es bocado apetitoso  
para cualquier paladar,  
y causa un daño horroroso  
sólo al dejarse mirar.

¡Figúrese usted mi asombro  
al encontrarla á la orilla  
del mar, la manga en el hombro  
y el calzón á la rodilla!

Luego, en el agua, el ropaje

se ciñe, rompe y derrota;  
¡y, en fin, es más *digno* el traje  
de paje de *La Mascota!*

—

Conque... entre usted en el mar  
y piense, mientras se lava,  
que ya no puede insultar  
á las coristas de Eslava.

—

---

## POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN

---

Un orador fogoso, grandilocuente, con el cual el gobierno siempre está alerta, fué á pedir al ministro correspondiente la plaza de cartero de Villatuerta

para un chico pariente de un caballero que estaba en Villatuerta de boticario y jugaba al tresillo con un rentero del padre del ilustre peticionario.

Por otros compromisos de igual calibre le contestó el ministro que no podía, porque aquella prebenda no estaba libre y la había *amarrado* quien la tenía.

Al oír las excusas el diputado salió del ministerio como una fiera, y aquella misma tarde, rudo y airado, interpelló al gobierno de esta manera:

«¿Qué habeis hecho, señores de nuestra gloria? [ria?

¿qué del honor sin mancha del pueblo ibero?

¡Ya nuestros enemigos cantan victoria!

¡ya somos el ludibrio del extranjero!

¿Dónde están nuestros buques, nuestros sol-  
y eso que los pagamos á peso de oro? [dados,

¡Ahí teneis de la ineptia los resultados!

La nación esquilhada, pobre el Tesoro...

Y entretanto partidas de bandoleros  
se pasean impunes por los caminos,  
los asilos se llenan de pordioseros  
y escapan de la cárcel los asesinos.

Se asustan las sencillas gentes honradas  
de la terrible crisis que se aproxima,  
y alborotan las clases desheredadas,  
y el conflicto sangriento se viene encima. .»

Y así siguió nuestro hombre por largo rato  
dirigiendo al gobierno frases muy duras,  
y afigiendo al concurso con el relato  
de catástrofes, penas y desventuras.

¡Nuestra bandera invicta llena de lodo!  
¡la miseria creciente! ¡la patria muerta!  
¡todo hundido y deshecho!... ¡caramba, y todo  
por una cartería de Villatuerta!

---

---

**CAMBIO**

---

Habitaba Severiano,  
rico, joven y dichoso,  
un entresuelo precioso,  
de la calle de Serrano,  
en que, á fuerza de dinero  
derrochado á manos llenas,  
juntó las mil cosas buenas  
que necesita un soltero.

Y allí holgaba independiente  
y en pleno sibaritismo,  
adorándose á sí mismo  
y viviendo guapamente.

¡Nada de penas traidoras!  
¡Siempre goces y alegrías!  
Mujeres todos los días  
y amigos á todas horas.

¡Cuántas hembras superiores

de veinticinco alfileres  
habrán bebido placeres  
en aquel nido de amores!

¿Qué extraño es que á Severiano  
le importara tres cominos  
la envidia de los vecinos  
de la calle de Serrano?

Pero un día quiso el cielo,  
para castigarle acaso,  
que se interpusiera al paso  
la encantadora Consuelo,  
que era la más resalada  
de las chulas de la Villa  
y habitaba una guardilla  
de la calle de la Espada.

Al verla se volvió loco,  
y tal se salió de quicio  
que, teniendo poco juicio,  
vino á perder ese poco.

Consuelito, según creo,  
era rubia, corsetera,  
y con más sangre *toreta*  
que la que inventó el toreo;  
mozuela poco aprensiva,  
con sed de joyas y galas,  
que ansiaba sólo unas alas  
para volar muy arriba.

Severiano se las dió;

---

ella se portó tal cual,  
apoyó el pie en el caudal  
del pobre chico, y voló.

Él rumboso y ella lista,  
él apasionado y ciego  
y ella poniendo en el juego  
todo su afán egoísta,

salieron á relucir  
los ahorros, y... Total:  
hoy Severiano está mal,  
como se suele decir,

con la ropita empeñada,  
sin un colchón ni una silla  
y habitando una guardilla  
de la calle de la Espada.

Y, gracias á Severiano,  
vive la hermosa Consuelo  
en un precioso entresuelo  
de la calle de Serrano.

---

## LACRIMOSAS

---

### I

Hombres encontrarás á todas horas  
capaces de morir en desafío  
por beber esas gotas de rocío  
que brotan de tus ojos cuando lloras.  
No lo creas, ¡por Dios! no es verdad eso.  
Lo que quieren, Dolores,  
es dejarte en los párpados un beso,  
sin dárselos un *bledo* de que llores.

### II

¿No es el amor ventura,  
bienandanza y placer, dicha y dulzura?  
Pues entonces, ¡Señor! ¿en qué consiste  
que el que ama de verdad se pone triste?

## III

Todos los que bien me quieren  
piensan ¡como si lo viera!  
que el día en que yo me muera,  
de sentimiento se mueren.  
¡Ay! pero á mí no me embroman;  
sé adónde llega el quebranto:  
un par de horitas de llanto...  
¡y malos cocos te coman!

---

## PENSAMIENTOS

---

¡Qué juventud! Ya me explico  
que el mundo vaya á la ruina.  
¡Pues no he encontrado á mi chico  
en casa de la Martina!

*Un señor formal.*

---

Yo ya no vuelvo á ayudar  
á misa al padre Quirós.  
¡Vaya un modo de limpiar  
las vinajeras! ¡Rediós!

*Un monago.*

---

Me ha mirado. ¡Qué mirada!  
¡Y debe de ser casada!  
Conste que yo no he querido  
perjudicar al marido;  
pero ella es tan descarada...

*Un picarillo.*

Pido medio duro á Blas  
como que es para un apuro,  
lo pongo á encarnado y ¡zas!  
si viene, ya tengo un duro.

*Uno que vive de eso.*

¡Ay! Si mi madre se fuera  
de compras, y yo pudiera  
estar solo con Irene...  
¡Vaya unos brazos que tiene  
la dichosa cocinera!

*Un joven fogoso.*

Como encuentre un billete  
de cinco duros,  
lo menos nueve reales  
me gasto en puros  
y uno en cerillas,  
porque el hombre se cansa  
de las colillas...

*Un barrendero.*

Medias con rayas azules,  
yo no sé para qué os compro.  
¡Se van poniendo los hombres  
tan cobardes y tan sosos!

*Una chica frágil.*

Dejo caer el pañuelo,  
 y como le alce del suelo  
 ese que va tan de prisa,  
 voy á *echarle* una sonrisa  
 de las que encienden el pelo.

*Otra que tal baila.*

—

¡Qué escritorzuelos! ¡qué gente!  
 ¡La inspiración no es esclava!  
 ¡El que es verdaderamente  
 poeta, bebe aguardiente  
 y ¡ante todo, no se lava!...

*Un bohemio de ahora.*

—

Si Pérez suelta un bastito  
 pequeño, ¿qué hace González?  
 Fallar. Mato con la espada.  
 Doy enseguida un arrastre.  
 Me asiste con el caballo,  
 se desarma, y ¿de qué sale?  
 Tiene que salir de copas...  
 ¡Pues codillo impepinable!

*Un tresillista.*

—

¿Qué es la vida? No lo sé.  
 ¡El amor! Una bobada.

---

¡La virtud! ¡La ciencia! Nada.

¡Dios! Y si le hubiera ¿qué?

*Un poeta de primer año.*

—  
¡Esta ya es mucha *custión!*

Que no hago más que salir

y entrar en la prevención.

y too, por qué? Por decir:

¡viva la *Costitución!*

*Un borracho.*

—  
Me voy inmediatamente,

que hoy empieza el jubileo.

No, y el párroco no es feo,

y el teniente... ¡Oh! El teniente!...

*Una beata.*

---

## FANTASÍA SUBMARINA

---

Rodando sin cesar durante siglos  
por el fondo del mar un esqueleto,  
vino á chocar con otro que yacía  
en red tupida de corales preso.

—¡Alto! ¿Quién viene aquí? ¿Qué fué en el mun-

—Un hombre. [do?

—Yo también. ¿De dónde bueno?

—De las costas de Egipto.

—¡Camarada,

largo viaje se trae!

—Largo... y molesto.

—¿Tú sabes dónde estamos?

—Me parece

que entre África y España, en el Estrecho,  
porque aquí me caí de la galera.

—¿Eras esclavo?

—No, servía al remo

á mi rey y señor Carlos segundo  
por dar una paliza á un cuadrillero.  
¿Tú qué eras? ¿Mercader?

—No, yo soldado.

—¿De quién?

—De Marco Antonio.

—No recuerdo...

—Ni hace falta. Por causa de una reina  
tuvimos en los mares un encuentro,  
me dieron un hachazo y caí al agua.  
¿Quieres ver la señal? Aquí la tengo.

—¿Y caíste muy jóven?

—Casi un niño.

¿Tú eras jóven también?

—¡Pues ya lo creo!

Cuando más me gustaba la existencia,  
las encrespadas olas me envolvieron.

—¡Qué lástima me das!

—Lo mismo digo.

—¡El vivir es tan dulce!

—¡Y es tan bueno!

—¡Seríamos acaso tan dichosos!

. . . . .

—¡Os quereis callar ya!—gritó un cangrejo.

¿No sabéis, infelices, que ha pasado  
desde vuestra desgracia mucho tiempo?

No estaríais aquí precisamente,  
pero estaríais igualmente muertos,

y puesto que en el mundo no dejabais más rastro ni reliquia que los huesos, ¿qué os importaba ahora haber vivido algunos años más ó algunos menos?

---

## EL CLOWN

---

Rompió los aros Alina,  
ligera, audaz y valiente;  
y cruzó rápidamente  
los puentes de percalina.

Hizo un gracioso mohín  
de muchacha pizpireta,  
y ensayando una pirueta  
se arrojó desde el rocín.

Dió la *claque* indiferente  
los aplausos de cajón  
y saltó á la pista el clown  
favorito de la gente.

---

Formalote, grave y tieso  
á hacer saludos empieza  
inclinando la cabeza  
embadurnada de yeso,

y una explosión de palmadas,  
de galantería acaso,  
contesta al pobre payaso  
en las sillas y en las gradas.

Empieza su juego el clown,  
gritando y haciendo el tonto,  
cuando estático, de pronto,  
allá en oscuro rincón

fija su vista extraviada  
en una amante pareja  
que del bullicio se aleja  
y ni ve ni atiende á nada.

¡Es ella! ¡Cien mil puñales!  
¡Traidora! ¡Al cabo mujer!  
Pero, hombre, ¿por qué han de ser  
todas las chicas iguales?

El alma se le envenena  
y hace una mueca horrorosa.  
Dice el vulgo:—¡Qué graciosa!—  
y se ríe á boca llena.

El payaso ardiendo en ira  
se retuerce, ruge, salta,  
siente que el aire le falta,  
que se ahoga, y se retira.

Pero á la gente quizás  
le pareció aquello poco,  
y aplaudiendo como un loco  
grita el público:—¡Más! ¡más! —

¡Cruel martirio! ¡A la pista!  
¡vuelta á reir y á saltar!  
¡vuelta á tener que fijar  
en aquel rincón la vista!

Allí la maldita infiel  
sólo en su amante repara  
y tiene la hermosa cara  
junta con la cara de él.

Tiembla el clown, en el exceso  
del dolor, que el alma seca,  
y se repite la mueca  
en la careta de yeso.

Y no se cansa jamás  
el público de reir  
y no cesa de aplaudir  
diciendo siempre:— ¡Más! ¡más!

El héroe, ciego de pena,  
sube al trapecio más alto,  
y fieramente, de un salto  
se arroja sobre la arena.

Remedio en la muerte ve  
para tal fatalidad,  
y... contra su voluntad  
cae en la pista ¡de pie!

. . . . .

En tanto que el pobre clown  
ébrio de rabia se aleja  
le da un beso á su pareja

la muchacha del rincón.

Mientras lanza Satanás  
irónica carcajada  
y repite entusiasmada  
la muchedumbre:—¡Más! ¡más!

---

**CARTEL DE DESAFÍO**  
  
—

Á usted, señora mía,  
la más soberbia moza castellana  
que ha podido soñar la fantasía,  
con los labios de grana  
amasados con néctar y ambrosía,  
con el cuerpo de Venus Citerea  
y los ojos más negros que la mora,  
donde á ratos llamea  
la escondida pasión abrasadora;  
á usted, que siempre altiva,  
me mira con desdén y arruga el ceño  
con esa compasión despreciativa  
con que mira lo grande á lo pequeño,  
yo, mísero gusano,  
cansado ya de suplicar en vano,  
con la idea de hacer un disparate  
y á costa de un esfuerzo sobrehumano,

reto y emplazo á singular combate.  
Y espero demostrar cumplidamente  
que no soy tan inútil y apocado  
como usted ha pensado,  
ni peco de cobarde ó de prudente.  
Que usted acudirá tengo por cierto,  
puesto que es orgullosa y altanera...  
El encuentro será donde usted quiera,  
en berlina cerrada, en campo abierto,  
y, hallando quien acepte el compromiso,  
¡hasta con juez de campo, si es preciso!  
¿Armas? Las que tenemos; usted lleve  
su sin igual coquetería innata  
y el profundo desdén con que me trata  
como agudo puñal traidor y aleve.  
Yo llevaré el deseo, la osadía,  
las palabras más dulces del idioma  
y la pasión bravía  
que lo que no le dan conquista y toma.  
Lucharemos de veras, frente á frente,  
según es uso y ley. ¿Usted consiente?  
Pues yo en el campo... del honor espero,  
resuelto firmemente  
á quedar como queda un caballero.

---

## LA BORRASCA

---

(MONÓLOGO DE UN PESCADOR)

Corramos, barquilla mía,  
vuela, y á ver si podemos  
ganar á fuerza de remos  
la entrada de la bahía.

Ten valor en las bordadas,  
porque el huracán que zumba  
pretende abrirme una tumba  
entre las olas airadas,

y sólo espero de tí  
la ayuda para luchar  
mientras el cielo y el mar  
se levantan contra mí.

Bate al monstruo con la quilla  
y piensa, si te acobarda,  
que á tí y á mí nos aguarda  
premio de amor en la orilla.

Vuela, y si triunfo en mi empeño  
y al puerto arribas entera,  
¡ya verás tú qué bandera  
te pone mi dulce dueño!

El mar se encrespa á mis pies  
y el cielo me olvida; ¡voy  
contigo á probar que soy  
el más grande de los tres!

Yo te infundiré mi aliento  
viril, enérgico y rudo,  
que te servirá de escudo  
contra el abismo y el viento;  
que puede la voluntad,  
cuando es firme, y dura y fuerte,  
empeñar un duelo á muerte  
retando á la inmensidad.

Y si en la brega que emprendo  
las olas te hacen pedazos,  
aún me quedarán los brazos  
para seguir combatiendo.

¡Digna del mar y de mí  
la lucha ha de resultar  
para que le cause al mar  
orgullo al vencerme así!

---

---

## SENTADO

---

Aguantando la lluvia y el relente  
y sin pena ni gloria por delante,  
Juan se pasó la vida en el pescante  
sentado eternamente.

Por eso no es extraño que perdiera  
la costumbre de andar de tal manera  
que, si dejara el coche cualquier día,  
acaso no podría

dar cuatro ó cinco pasos... sin niñera.

No era un varón igual á los varones;  
era una masa inerte  
abandonada al soplo de la muerte,  
sin desdichas, ni vicios, ni pasiones.  
Siempre adornando así la delantera,  
nunca pudo decirse que estuviera  
completamente vivo,  
como otro cualquier hijo de vecina;

era un detalle más de su berlina,  
como la colchoneta ó el estribo.

Al fin se murió Juan; esa es la suerte  
del cochero de punto!  
pero no como todos, que su muerte  
se redujo á quedarse *más* difunto.  
Apareció de Dios en la presencia,  
y como fué un bendito  
sin sombra ni reliquia de delito,  
*le salió* en la sentencia  
¡que siguiera sentado eternamente  
á la diestra de Dios omnipotente!

---

---

## LA ADMINISTRACIÓN

---

El señor don Simeón  
Quintero de Tejavana,  
ha llegado esta mañana  
procedente de León.

Viene á gestionar aquí  
un expediente de Hacienda,  
que ni hay nadie que lo entienda  
ni hay quien lo saque de allí.

Y suponiendo que yo  
conoceré á mucha gente,  
aunque no soy influyente  
ni Cristo que lo fundó,  
me ha venido á despertar  
riendo y alborotando  
á las ocho y media, ¡cuando  
me acababa de acostar!

No ha habido remedio. ¡Arriba

á recorrer negociados,  
y á visitar empleados,  
y á tragar mucha saliva!

—¿Qué se ofrece?

—¿El oficial  
de la sección?

—No ha venido.

—¿Por qué?

—Porque no ha querido.

—¿Y el jefe?

—En el principal.

—¿Está el jefe?

—Sí, señor.

—Pásele usted esa tarjeta,  
y tome usted esa peseta  
por hacerme ese favor.

—¿Qué ha dicho?

—Que no es aquí.

—¿Dónde es?

—Ustedes verán.

—Pues señor, acabarán  
por preguntármelo á mí.

—Dígame usted, caballero:  
¿hay una reclamación  
sobre la contribución  
de don Simeón Quintero?

—Pues sí, señor, aquí es;  
pero tenemos diez mil...

---

—Esta es del veinte de Abril  
del año setenta y tres.

—¡Pues entonces, eso es cosa  
del archivo general!

—(¿A que lo tiene Abascal  
en los Santos de la Humesa?)

—

Fuimos á Gobernación,  
y á Fomento, y á Ultramar,  
y no hemos podido dar  
con la tal reclamación.

—No ha llegado.—No ha venido.

—No está en este negociado...

En fin, que yo me he acostado  
completamente rendido;

y jurando brutalmente  
el señor don Simeón,  
vuelve esta noche á León  
¡que es donde está el expediente!

---

## CASI-EPITALAMIO

---

Se casaban un joven y una chica,  
buenos mozos los dos, ¡linda pareja!  
y acechaba el demonio entre las sombras  
detrás de una columna de la iglesia.

—¡Qué contentos están! (pensaba el réprobo).  
Dichas, placeres y dulzuras sueñan,  
sin poder figurarse que yo espío  
con la copita de la hiel dispuesta.

¡Pensad lo que queráis; regocijaos  
con los ratos felices que os esperan,  
que yo me interpondré cuando se apaguen  
los últimos rumores de la fiesta!

Y siempre entre los dos, aprovechando  
cuanto pueda servirme, haré que vengan  
después de los halagos los reproches,  
detrás de las caricias las tormentas.

Yo alerta velaré cuando, abrazados,

---

en los deliquios del amor se duerman,  
y en sus cerebros nacerán los gérmenes  
de caprichos, maldades é impurezas.

Separaré las almas poco á poco  
rompiendo del cariño las cadenas,  
y haré que estalle en el hogar tranquilo  
la guerra sorda, desigual, perpetua...—

Se concluyó la misa. Se cruzaron  
frases de parabién y enhorabuenas,  
soltaron cuatro chistes los testigos,  
lloró de firme la flamante suegra,

y cuando dijo el novio en voz melosa:  
—Has dicho que me quieres. ¿Es de veras?—  
no contestó la novia, porque estaba  
prendiéndose un brillante en la cabeza.

—¿Se fija en brillantitos á estas horas?  
(se dijo Satanás, dando la vuelta).  
Pues para desgraciar el matrimonio  
estoy aquí de más... ¡Basta con *ella!*

---

## UN INGERTO

---

En un periódico inglés  
que acabo de recibir,  
leo, y voy á repetir,  
una nueva de interés.

Se trata de un caballero,  
un doctor muy ilustrado,  
que la sangre le ha sacado  
á un perrillo ratonero;

y, muerto ya el animal,  
firme, animoso y resuelto,  
el sabio doctor le ha vuelto  
toda la fuerza vital.

Por enfadoso y prolijo  
el procedimiento callo;  
pero de alegría estallo,  
y ustedes también, de fijo,  
con la inusitada suerte  
de haber alcanzado el día

en que es de guardarropía  
la guadaña de la muerte.

Y allá va una observación  
aunque ella me desconsuele:  
y es, que á camama me huele,  
tan prodigiosa invención.

Porque en países lejanos  
se miente mejor quizás,  
y para guasa, no hay más  
que los norte-americanos.

¡Qué inventos tan atrevidos!  
¡Qué cosas tan portentosas!  
¡Siempre pasan estas cosas  
en los Estados Unidos!

Esto aparte, nos conviene  
creer lo del perro muerto,  
y supongamos que es cierto,  
por la cuenta que nos tiene.

¡Qué delicioso va á ser  
confundirse y apiñarse,  
y no poder suicidarse,  
ni temblar al no comer!

—  
Don Prudencio, mi vecino,  
nata y flor de los prenderos,  
que hace sesenta febreros  
que nació en Vitigudino,  
está loco de contento,

y se comprende á su edad;  
y cuenta á la vecindad  
los detalles del invento.

Pero á ojos que no ven,  
no hay ánimo convencido;  
por eso el hombre ha querido  
experimentar también.

Tenía en su casa un gato  
que era su amor, su delicia:  
pero llegó la noticia,  
y el gato ha pagado el pato.

Porque el señor don Prudencio  
le echó mano el otro día,  
y, gracias á una sangría,  
le vió morir en silencio.

Luego echó mano al bolsillo  
para acabar el asunto,  
mandó por sangre, y al punto  
le trajeron un cuartillo.

Y con mucha precaución,  
para no echarlo á perder,  
se dijo:—Vamos á ver,—  
y practicó la inyección.

El gatito poco á poco  
volvió á la vida... ¡Oh portento!  
¡Era aquel descubrimiento  
cosa de volverse loco!

---

Aquella noche dormía  
á pierna suelta el prendero,  
soñando en el lisonjero  
resultado de aquel día.

¡Como dos y una son tres  
el gato no estaba muerto  
y era ¡cosa rara! cierto  
lo del periódico inglés!

Él, gracias al sorprendente  
hallazgo, y gracias á Dios,  
viviría un siglo, dos,  
y así sucesivamente.

Despertó en esto; oyó voces.  
—¡Esposo! ¡Padre!—decían,  
y en el despacho se oían  
unos berridos atroces.

¡Qué escándalo! ¡Qué alboroto!  
—¿Dónde está el buey? ¡que lo mató!  
Fueron allá, ¡y era el gato  
que berraba como un choto!

—  
Al fin y al cabo, el prendero  
averiguó lo ocurrido:  
¡era que habían traído  
la sangre del matadero!



## REVOLUCIÓN INTERNA

---

EL OÍDO.—¡Silencio! Se me figura  
que siento muy cerquita ruido de faldas.  
EL CORAZÓN.—Ya me entra la calentura.  
EL CEREBRO.—¡Soñaba con la hermosura!  
¿Por dónde es?—EL OÍDO. Por las espaldas.  
LOS OJOS.—Que nos pongan en condiciones.  
y nosotros diremos si es guapa ó fea.  
EL CEREBRO.—¡Dejadme las ilusiones!  
Por si fuese una vieja con espolones,  
no miréis... ¡Tengo miedo de que lo sea!  
El goce misterioso, desconocido,  
es el único acaso que no empalaga.  
¡Más que el placer gozado vale el fingido!  
Ese ruido de faldas, ¡sólo ese ruido  
no podéis figuraros cuánto me halaga!  
UN NERVIIO.—¿Qué sucede? ¡Dios nos asista!  
OTRO.—¿Me lo preguntas con esa flemma?

¡Lo que sucede siempre cuando hay conquista!  
Eso es que ya tenemos hembra á la vista...

¿No ves que se alborota todo el sistema?

UNA VENA.—¡Demonio! ¿Quién me sacude?

LOS NERVIOS.—Pues... nosotros.—¿Es grave el

—El cerebro lo dice.—¡Dios nos ayude! [caso?

Si lo dice el cerebro, no hay quien lo dude.

—Calla, y dile á la sangre que apriete el paso.

LOS PULMONES.—¡Atiza! ¡Buena oleada!

Pues señor, no ganamos para emociones...

¡Aire!... Y al fin y al cabo no será nada;

estas bromas de amores ¡cosa probada!

siempre dan en perjuicio de los pulmones.

. . . . .  
EL CORAZÓN.—Yo estallo. Todo me inflama.

¡Subid á las mejillas, glóbulos rojos!...

Pero antes que aumente mucho la llama,  
yo quiero que me digan cómo es la dama.

EL CEREBRO.—Ya pueden mirar los ojos.

LOS OJOS.—¡Voto al draque! ¡Pues te has lucido!

Dí que cese en seguida la calentura,  
y nunca más confíes en el oído...

EL CEREBRO.—Pues ¡cómo! ¿Quién hace el ruido?

LOS OJOS.—¡El manteo de un señor cura!

## GALANTERÍA

---

### I

—Hijo, empiezas á ser hombre.  
Muy pronto, tal vez mañana,  
tendrás que ocupar mi puesto  
en el campo de batalla.  
La vida es cosa difícil  
y requiere mucha práctica,  
que has de adquirir por tí mismo  
entre placeres y lágrimas.  
Mi experiencia no te sirve  
aunque pudiera yo dártela,  
porque á cada triqui-traque  
varían las circunstancias.  
Creo que has de ser honrado,  
y con ser honrado basta,  
porque el alma buena vale

por todas las enseñanzas.  
Y si yo te doy consejos,  
y tienes la sangre mala,  
viene á resultar lo mismo  
que escribirlos en el agua.  
Sólo una cosa te encargo  
que es un don de nuestra casta,  
y es la humildad con los débiles  
y la atención con las damas.  
Dirás que esas son dos cosas  
á juzgar por las palabras,  
pero en el fondo son una  
bien definida y bien clara.  
La mujer, sólo por serlo,  
vieja ó joven, alta ó baja,  
merece ser por los hombres  
defendida y respetada.  
Sus caprichos serán leyes,  
las ofensas que les hagan  
las tomarás como tuyas  
al objeto de vengarlas.  
Por desdicha en estos tiempos  
ya no tenemos espadas,  
pero el corazón las suple  
cuando del honor se trata.  
Y el honor de un caballero  
va tan ligado á las faldas  
que, siendo varón, le tienes

en las ajenas enaguas.  
Sé, pues, cortés y galante  
por donde quiera que vayas,  
y mádate por servir las  
y muere por obsequiarlas.  
Falta á los hombres, si quieres,  
que pegan á quien les falta,  
pero á las mujeres, ¡nunca!  
¡porque eso es ser un canalla!

## II

—Pero ¿qué es esto, hijo mío?  
¡Las tres de la madrugada!  
¿Te parece que son horas  
estas de venir á casa?  
—Perdón; la culpa no es mía.  
Una señora muy guapa  
me dijo:—Pase usted, joven,  
y yo, por no desairarla...

---

---

**SARCASMO**

---

Ocho ó nueve barrenderos  
y seis ó siete aguadores,  
dos ó tres trasnochadores  
y cuatro ó cinco tenderos,  
cada cual á su manera  
mostraban su desagrado,  
en torno de un desgraciado  
muerto en mitad de la acera.

Conservaba todavía  
el frío rostro insensible,  
grabada la mueca horrible  
del dolor de la agonía,  
y aún con la diestra apretaba  
la botella de aguardiente,  
que defendió inútilmente  
al pobre que la llevaba.

Daba clara explicación

de lo que había pasado  
un tosco puñal, clavado  
en mitad del corazón,  
    en cuya acerada hoja  
había un par de señales,  
de marcas y de iniciales  
grabadas en tinta roja,  
    y metido entre las dos,  
medio borrado, un letrero  
que decía: — «Olé, salero!  
¡Viva la gracia de Dios!»

---

---

**CON PERMISO...**

---

¡Siempre con la moral! ¡Y siempre en guerra  
con los malditos vicios de la tierra!  
Hace usted bien, señors;  
está la humanidad muy pervertida,  
la virtud postergada,  
la impiedad en creciente y triunfadora  
y el cinismo por norma de la vida,  
y ya no hay nada bueno, ó casi nada.

Usted, al predicar, lo mide todo  
por la moral que entiende allá á su modo,  
y esos sermones, con perdón, Marquesa,  
no compaginan bien con lo que veo.  
Dispense usted, por Dios, pero yo creo  
que la moral no es esa.

Usted es religiosa,  
cumple usted sus deberes  
como buena cristiana y buena esposa...

¡Así quisiera yo muchas mujeres,  
y sería otra cosa!  
Pero cuando la veo  
ir á misa, al rosario, á los maitines  
ó con *él*, en el coche, de paseo,  
yo la deseo á usted con malos fines  
y es pecado mortal este deseo.  
¿Que tengo yo la culpa? No, señora,  
porque usted es bonita, ¡muy bonita!  
y al ver una mujer encantadora,  
emocionado el corazón palpita  
sin que yo lo permita.  
¿Qué dice usted ahora?

Comprendo que le guste á su marido  
ese pie pequeñito y bien calzado,  
ese talle flexible bien ceñido  
y el seno exuberante levantado.

Pero aunque usted se asuste,  
de su moralidad en el exceso,  
no se puede evitar que á mí me guste  
y me condene al fin, sólo por eso.

El alma apasionada  
no podrá contenerse de seguro;  
y ¿cómo el sentimiento ha de ser puro  
estando usted casada?

Ni tampoco ha de verse condenada,  
por tener ese rostro y ese talle,  
á no andar por la calle.

---

Usted no ha de aburrirse con el tedio,  
y yo la adoro siempre por hermosa.  
¡Esta inmoralidad es una cosa  
que no tiene remedio!

Usted seguirá siendo virtuosa  
y yo seré tal vez muy virtuoso,  
pero usted es incitante, yo hago el oso,  
y es justo comprender, linda Marquesa,  
que la moral no es esa.

**¡CLARO!**

---

Ocho años tiene Perico,  
el chico de don Bartolo,  
y es guapote como él solo  
y muy despejado el chico.

Para jugar, es en vano  
que le busquen sus afines,  
y lee cuantos folletines  
se le vienen á la mano.

¡Un muchacho de su edad,  
tan formal, tan estudioso!  
Se asombra el padre, orgulloso  
de tanta precocidad.

Y la gente vaticina  
que, con tal que no se muera,  
tendrá el niño una cartera  
de Ultramar ó de Marina.

---

La afición que le devora  
va cada día creciendo.  
A la vez está leyendo  
dos novelitas ahora.

En la primera figura  
un bandido *generoso*,  
valiente, jacarandoso,  
de arrogante catadura.

No deja libre un camino,  
manta al hombro y arma al brazo,  
y le suelta un trabucazo,  
si quiere, al Verbo divino.

Siempre afable, nunca adusto,  
según la gente asegura,  
roba con una finura  
que da muchísimo gusto.

De pura raza española  
es galante, es caballero...  
viola doncellas, ¡pero  
con que gracia las viola!

Como derrocha á granel  
sus dotes excepcionales,  
muchas damas principales  
se mueren de amor por él.

¿Le persiguen? ¡Ya están frescos!  
Él continúa ¡qué gracia!  
con sus alardes de audacia  
raros y caballerescos.

Al cabo, un traidor cerril,  
tentado por la codicia,  
le vende. Se hace justicia  
y le dan garrote vil.

Pero firme y arrogante,  
se rinde al eterno sueño  
sin fruncir airado el ceño,  
sin desmayar un instante.

—

El personaje saliente  
de la segunda novela  
es un niño de la escuela,  
una persona decente.

Honrado á carta cabal,  
que debuta siendo hortera  
para que siempre que quiera  
le explote su principal.

Ama hasta más no poder  
á una modista muy bella,  
se casa al cabo con ella  
y le engaña su mujer.

Trabajando con fé ciega,  
siempre está de deudas lleno,  
y como es sencillo y bueno,  
todo el mundo se la pega.

¡Le devuelven mal por bien,  
y el infeliz personaje

viene á terminar su viaje,  
con un balazo en la sien!

—  
Ayer visité á Bartolo,  
que me presentó al muchacho,  
y al verle tan vivaracho  
y tan listo como él solo,  
tras las frases de cumplido  
le dije:—Vamos á ver  
Perico, ¿qué vas á ser?  
Y me contestó:—¡Bandido!

## DEL MAL EL MENOS

---

Juan, el cándido Juan, siempre dispuesto  
á pelear por el honor de España,  
cogió un fusil antiguo descompuesto  
y se echó como un hombre á la montaña.

El infeliz creía  
que el estado social era un infierno  
y que no se podía  
resistir ni dos horas al Gobierno.

Se formó la partida en un instante,  
dió el grito *subversivo* en una aldea  
y todos se dijeron: ¡Adelante!  
dispuestos á morir en la pelea.

El choque fué sangriento,  
les rodeó la tropa en un momento  
y barrió el pelotón con la metralla.  
No tuvo resonancia el movimiento  
y... Juan quedó en el campo de batalla.

---

---

Restablecido el orden en seguida,  
á nadie luego le importó un comino  
del desdichado que perdió la vida  
pidiendo libertad... para el vecino.

El ángel de la fama se hizo el sordo;  
pero bajó la Bolsa dos enteros,  
y algunos caballeros  
hicieron con la baja el caldo gordo.

## SANOS CONSEJOS

---

He de advertirte, Dolores,  
ya que estás hecha una moza  
y vas á entrar en el mundo  
con la suerte que entran pocas,  
que tengas mucho cuidado  
con los favores que otorgas,  
y no te ablanden palabras  
ni te conmuevan lisonjas,  
porque se han puesto los hombres  
peores que la langosta,  
y es de la piel de los diablos  
el que parece una mosca.  
Tú, que has leído comedias  
de Tirso, Moreto y Rojas,  
te habrás formado tu tipo...  
¡y no hay ese tipo ahora!  
Habrás soñado un amante

como aquellos... ¡una joya!  
pendenciero con los bravos,  
humilde con las hermosas,  
dispuesto á arrancar la lengua  
al que te tomara en boca  
y capaz, si tú quisieres,  
de entrar á saqueo en Roma.  
Encerrado en sus amores  
como una perla en su concha,  
no publicaría nunca  
su conquista en son de trompa,  
y si le fueses perjura  
(que acabais por serlo todas),  
no vengaría desdenes  
relatando sus victorias.

Pero ¡ay! los tiempos son otros,  
y de aquel carácter, Lola,  
no queda más que el recuerdo  
reflejado en las historias.  
Hoy, si al mirar á un muchacho  
los negros ojos entornas  
y en dulce sonrisa muestras  
agrado por su persona,  
en el café por la noche  
dirá que te ha vuelto loca  
y que serás *pan comido*  
en cuanto él se lo proponga.  
Y ¡ay de tí si, confiada

en sus palabras melosas,  
te olvidas de tus deberes  
y caes como tantas otras!  
Su bandera de combate  
será un jirón de tu honra  
y sólo por darse tono  
lo escribirá en letras gordas,  
para que el pecado sepan  
rufianes y vengadoras,  
lo cual no es caballeresco,  
pero aumenta *la parroquia*.

Antes, cuando una doncella  
casquivana y vanidosa  
jugaba con dos galanes  
tomando el amor á broma,  
le decía el uno al otro:  
—Caballero, usted me estorba—  
y sin más explicaciones  
ni palabras enojosas,  
á los pies de un santo Cristo  
y á despecho de la ronda,  
se daban de cuchilladas  
*ad majorem Dei gloriam*.  
Hoy los rivales se entienden,  
la emprenden contra la novia  
y, al menos si no la matan,  
le dicen dos palabrotas.

Conque ya ves tú, Dolores,

---

si tengo razón de sobra  
para decir que te fijas  
en los favores que otorgas,  
y no te ablanden halagos  
ni te convenzan lisonjas,  
que aquí no hay más caballeros  
que el del caballo... de copas.

## PEQUEÑECES

---

La lluvia menuda  
es la que hace barro,  
que la recia no deja señales  
por donde ha pasado.

FERRÁN

Ayer se pegó un balazo  
el infeliz Juan Antonio,  
y dejó escrita una carta  
que al pie de la letra copio:

---

«Conste que no me suicido  
por lo que se matan otros,  
pues no he tenido en mi vida  
ningún disgusto muy gordo.

Soy desdichado *en pequeño*,  
que es lo más malo de todo,  
y hasta hoy lo he soportado,  
pero ya no lo soporto.

Quinientos mil alfileres  
pinchando poquito á poco  
matan mejor que una bala  
de un cañón de á treinta y ocho;  
y como el mundo en que vivo  
me resulta purgatorio,  
voy á buscar el descanso  
en las garras del demonio.

Mi mujer es una santa,  
me quiere, lo reconozco,  
pero siempre los garbanzos  
están salados ó sosos.

Mis hijos son querubines  
muy rubitos y muy monos,  
pero emborronan mis cuentas,  
lloran por la noche á coro,  
dicen que sí estoy en casa  
cuando lo niego y me escondo,  
y no hay papel importante  
que yo no me encuentre roto.

Soy aseado, soy limpio  
como los caños del oro,  
y no sé lo que me pasa  
ni cómo me las compongo,  
que las manchas me persiguen,  
y en un instante recojo  
en el traje claro, tinta,  
y en el traje negro, polvo.

Si una mujer agradable  
me mira con buenos ojos,  
ya se sabe de seguro  
que me confunde con otro;  
siempre tengo las visitas  
cuando duermo ó cuando como,  
y en cuanto empeño el paraguas  
empieza á llover á chorros.

Si me regala un amigo  
billete para los toros,  
se suspende la corrida  
ó mata cualquier *pistolo*.

Si un zapato se me rompe,  
y riegan la calle, y corro,  
he de meter en los charcos  
el pie del zapato roto.

Me engaña el mejor amigo,  
me falta el último fósforo  
y en el café todo el mundo  
se me sienta sobre el hongo.

Me piden lumbre en la calle  
cuando voy á algún negocio;  
si hago el amor, me pregunta  
por mi esposa cualquier tonto;

se me enamoran las feas,  
me convidan los roñosos,  
me pegan palos los ciegos  
y me atropellan los cojos...

---

¡Me fastidia esta cadena  
de desdichas... y la rompo!  
Conque no se culpe á nadie  
de mi muerte.—*Juan Antonio.*»

---

## HISTÓRICO

---

—¿Está el señor Gutiérrez?

—En la cama.

—Pus le va usted á decir que se despierte,  
que hay aquí un cabayero que desea  
decirle unas palabras.

—¿Son urgentes?

—¡Más urgentes que el verbo, vamos, hombre!  
y le interesan al señor Gutiérrez.

—¿Cómo se llama usted?

—No me conoce,  
pero dígale usted que está Vicente,  
el hermano de Pepa la aguadora,  
que es fácil que á la Pepa la recuerde.

. . . . .

—Siéntese usted. ¿Qué ocurre?

—Cabayero,  
en tocante al honor de las mujeres,  
una mancha que cae es una mancha  
que se corre lo mismo que el aceite,

y los hombres de agallas las debemos de lavar con la sangre, si se puede.

—No entiendo una palabra.

—Mu sencillo:

que el hombre se acalora casi siempre, y no sabe lo que hace, y luego ¡tablas! ahí te quedas con eso, ¿usted comprende?

—Tampoco.

—Pues estoy hace dos horas hablando como un libro, me parece. Yo soy hermano de la Pepa, ¿estamos? y usted la ha seducido malamente, y la ha vuelto la espalda, de manera que ha quedao usted mal, y usted dispense. La familia es sagrada, usted lo sabe, y el honor es sagrao. Tengo poderes pa arreglar la cuestión, y yo la arreglo, ¡pus vaya si la arreglo! ¡y tres más, nueve!

—Pues bien, hablemos claro, señor mío; niego la seducción rotundamente; si ha habido un engañado, fué este cura que se dejó pescar como un pelele; ella fué la que quiso conquistarme...

—También pué ser verdá.

—¡Vaya si puede!

—¿Me da usted su palabra?

—¡Ya lo creo!

—Pues hemos acabao, señor Gutiérrez;

¿qué quiere usted? mi hermana es tan panoli que no sabe lo que habla, ¿usted me entiende? ¡Y yo estoy más quemao! ¡Por causa de eya me ha pasao esto mismo quince veces!

## EN FAMILIA

—Papá, vas á perdonarme  
mi confesión bochornosa.  
Voy á decirte una cosa  
que sentiré que te alarme.  
—¿Qué es ello?

—Pues... la verdad,  
que he caído en el garlito  
como un tonto, y necesito  
una fuerte cantidad.

—¿Sí? Pues yo no te doy nada;  
¡sal como puedas del paso!

—Pero, papá, si es el caso  
que es una deuda sagrada,  
¡sacratísima! Y, mejor  
que acudir á un usurero  
que me desplume, prefiero  
pedirte á tí ese favor.

—¿Se trata del juego?

—¡Cala!

Se trata de una mujer.

—¡Hombre! y ¿por qué ha de saber esas cosas tu papá?

—Porque estoy arrepentido,  
y si salgo de este apuro,  
en mi vida ¡te lo juro!  
vuelvo á tener un descuido...

Me engañó su travesura  
embriagadora, incitante...

El caso es que en un instante  
de ceguedad y locura,  
como la moza es muy lista  
y al que coge le revienta,  
juré pagar una cuenta  
que le trajo la modista.

—¡Eso es una necesidad!

—Sí, pero en mi posición,  
huir por escotillón  
sería una indignidad.

—¡Hombre! ¡Que te hayas dejado  
coger es lo que me irrita!  
Y ¿quién es ella?

—Lolita,

la de la casa de al lado.

—¿La rubia teñida?

—Sí.

—¿Usa botas imperiales?

—Sí.

—¡Te pidió dos mil reales!

—Eso fué.

—¡También á tí!

—¡Hola! ¿Conque esa mujer...

—¿Sabes jugar al billar,  
hijo mío?

—Sé jugar.

—Bueno, pues has de saber  
que lo que pretende Lola  
es sacarme de ese modo  
dos mil reales por recodo  
y dos mil... ¡de bola á bola!

---

## BUCÓLICA

---

Pajarillos parleros,  
ovejas que triscáis en los oteros,  
oloroso tomillo  
que gratis embalsamas el ambiente,  
burladero aromático y sencillo  
del gazapo inocente,  
corretona perdiz que te paseas  
á través de los surcos del barbecho,  
aguanieves gentil, de blanco pecho,  
que al borde del arroyo picoteas,  
murmuradora fuente cristalina  
que no has copiado nunca más retrato  
que el del perro del hato  
que el agua al chapuzarse arremolina,  
palomitas torcaces,  
insectos fastidiosos y voraces,  
bosquecillos, praderas,  
colinas, matorrales y laderas,

---

susurros del pinar, rumor del río,  
pardillos, cogujadas, ruiseñores,  
genios de la vagancia y del hastío...  
decidme: ¿no se aburren los pastores?

Porque yo, en esta villa coronada,  
donde abundan los goces y el dinero,  
y puedo conocer gente ilustrada  
y entrar en un café siempre que quiero  
á tomar chocolate con tostada;  
yo, me agito y me distraigo y lucho  
bregando (*struggle for*) por la existencia...  
me aburro mucho á veces, ¡pero mucho!  
y se me agota á ratos la paciencia;  
conque... ¡cómo serán las horas malas  
que pasen pastorcitos y zagalas!

## LOS DESPREOCUPADOS

---

### I

(A SOLAS)

¡Cómo me va interesando  
la Merceditas! ¡Si creo  
que sí, á la postre, resulta  
que no me quiere... me muero!  
Trato á veces de engañarme  
diciéndome que es un juego  
este amor que me devora  
y me está abrasando el pecho...  
y me desmienten las ansias  
que pensando en ella siento  
y las extrañas visiones  
que me perturban el sueño.  
Por una palabra dulce  
quisiera dar, á tenerlos,

el poder de muchos reyes  
y las grandezas del genio.  
Y su desdén, cuando asoma  
cruel enojo fingiendo,  
me produce allí en el alma  
las torturas del infierno.  
Sus ojos negros me ponen  
alborotados los nervios...  
cuando mira indiferente,  
rabia, congojas, despecho;  
si me mira á mí... la gloria,  
si mira á los otros... celos,  
y á pesar de todo, ¡siempre  
bendigo sus ojos negros!  
Todo me parece en ella  
soberanamente bello  
y detrás de su hermosura  
se escapa mi pensamiento.  
De mil pequeños detalles  
me emocionan los recuerdos  
y van, cuando los rechazo,  
metiéndose más adentro.  
Yo, que las doy con las hembras  
de atrevido y desenvuelto,  
y hay algunas que me adoran  
precisamente por eso,  
delante de Merceditas  
parezco un chico pequeño

y se me atascan las frases  
por temor y por respeto.  
Si me saluda, ¡Dios mío!  
casi casi no me atrevo  
á rozar su blanca mano  
con las puntas de los dedos;  
y como ella no comprenda  
la elocuencia del silencio,  
nunca sabrá que la adoro  
con este amor tan intenso.  
Por ella vivo, sin ella  
no habría mundos ni cielo,  
porque, para mí, Mercedes  
representa el universo.  
¡Si las pasiones de veras  
no son como la que siento,  
ni sé lo que son pasiones,  
ni sé qué diablos es esto!

## II

(EN EL CAFÉ)

¿Quién? ¿Mercedes? Poca cosa,  
cara agradable, buen cuerpo...  
Es cuestión de cuatro días.  
¡Pchs!... me voy entreteniendo...

---

**CONFITEOR**

---

**I**

— Yo tengo celos, padre.

— Mala cosa.

— ¡Unos celos rabiosos!

— ¡Ay de tí! ¿No confías en tu esposa?

Pues sufrirás tormentos espantosos.

— Si no se trata de eso, señor cura,  
mi mujer es honrada.

— ¿No tienes celos de ella, criatura?

Pues entonces, ¿de quién?

— ¡De mi cuñada!

— ¡Horror de los horrores!

¡El demonio ha inspirado esos amores!

— Es muy guapa, ¡guapísima! La quiero,  
pero no se lo he dicho

por si fuera un capricho pasajero...

¡Ay, no está mal capricho!

—Y acaso lo será.

—Le siento ahora  
convertido en pasión abrasadora.  
Verá usted. Cuando tuve pulmonía  
llamaron á un doctor que vive enfrente;  
me he curado hace un año, un mes y un día,  
¡y el hombre sigue yendo todavía,  
porque dice que estoy convaleciente!  
¿Y sabe usted por qué? Yo me figuro,  
¡qué digo figurarme! estoy seguro  
de que mi cuñadita  
no le parece fea...  
¡qué le ha de parecer, si es tan bonita!  
y ante la sola idea  
de que si va á casarse me la quita,  
me irrito, sufro, me enfurezco, ¡lloro!  
lo que me prueba, padre, que la adoro.  
—¡Eso no puede ser! El hombre fuerte  
ha de saber luchar con las pasiones.  
Tu amor es criminal: ¡antes la muerte!  
Vencerás con ayunos y oraciones.

## II

—Aquí estoy, padre cura. Ya mis celos  
huyeron como nubes de verano.

—Nunca faltan consuelos

para todas las penas de un cristiano.

—Sí, ya vivo feliz, ya estoy tranquilo

y no paso los días

con el alma en un hilo

cavilando un sin fin de tonterías.

—¿Y quién supo salvarte de las garras

de aquella tentación?

—Mi buena estrella.

El médico de marras

iba... ¡por mi mujer! y huyó con ella.

—¡Un castigo de Dios! ¡Diente por diente!

¿Y qué ha pasado?

—Nada;

pues... que yo me quedé con mi cuñada.

y vivimos los dos tan ricamente.

---

## ÑOÑEZ

---

Juan dió una peseta á Pablo  
para pago de una deuda,  
(porque Juan, según parece,  
devuelve lo que le prestan),

y Pablo, que aquella tarde  
salía para Ontaneda,  
le dió la peseta al mozo  
que le llevó la maleta.

Ya saben todos ustedes  
lo que es un mozo de cuerda;  
¡el hombre, á la media hora,  
se la dejó en la taberna!

Y en seguida el tabernero  
se la dió á la tabernera,  
porque él allí no administra,  
que quien administra es ella.

Al poco tiempo ya estaba

en el cajón de una tienda;  
¡las mujeres, ya se sabe,  
se perecen por las telas!

Cogió la peseta el chico  
del mostrador, un gatera  
que se la gastó el domingo  
con mucho rumbo en las Ventas,  
y de allí volvió á la Corte  
con un empleado en puertas,  
á cambio de vista gorda  
para unas cuantas botellas.

Pasó desde el de consumos  
á manos de la Ruperta,  
de la Ruperta á Manolo  
y de Manolo á Manuela,  
la cual compró unos pendientes  
de rubíes y de perlas  
á un hombre que por la calle  
los llevaba en una cesta.

Y así sucesivamente  
fué rodando la moneda  
del *joyero* al zapatero  
(en pago de medias suelas),  
del maestro de obra prima  
á un almacén de pellejas,  
de allí á una casa de banca  
para girar una letra,  
del banquero á un estudiante

de primer año de ciencias,  
del estudiante á una chica  
que sale á dar una vuelta  
por las calles principales  
á eso de las doce y media,  
de la muchacha á un chulapo  
y del chulo á una estanquera.

Que es á quien compré yo anoche  
cigarrillos de cuarenta;  
dí para pagar un duro,  
y recibí la peseta.

Hoy, en Fornos, he querido  
pagar el café con ella  
¡y después de correr tanto,  
salimos con que no es buena!

---

---

## ¡LA OREJA!

---

(AMOROSA DEL GÉNERO PROHIBIDO)

Desdeñosa conmigo, y siempre ingrata  
puesto que nadie como yo te adora,  
avivas el dolor que me maltrata  
y enciendes la pasión que me devora.

En vano á tí me acerco  
á pintarte el amor en que me abraso  
desesperado y terco...

¡Tú siempre sigues sin hacerme caso!

No consigo el menor de tus favores;  
ni una caricia de tus labios rojos,  
ni una mirada dulce de esos ojos  
negros y soñadores  
que aprisionan el alma con hechizos,  
¡ni besar un cabello  
de los que ondulan en graciosos rizos  
sobre el ebúrneo torneado cuello!

Hoy ya desisto de mi empeño loco,  
y me contento, en pago, con muy poco...  
¡Me basta, salvo el símil, con el premio  
que obtienen los toreros en la plaza  
por meter el estoque hasta la taza!

Concédeme esa oreja deliciosa  
que parece el capullo de una rosa,  
y en seguida mi suerte se decide...  
¡Ya vés que me he fijado en una cosa  
que casi no es favor, y nadie pide!  
¿Me la concedes? ¿Sí? ¡Dios te bendiga,  
y yo te venceré, dulce enemiga!

¡Sea dueño absoluto de esa entrada  
pequeña y sonrosada,  
y yo haré luego penetrar por ella,  
llamándote mi bien, mi luz, mi estrella,  
cálido soplo del amor ardiente  
destinado á abrasarte lentamente!

Pondrás el alma entera en tus oídos  
y tendrán mis amores  
miradas de tus ojos soñadores,  
caricias de tus labios encendidos  
y cadenas de flores  
en esos brazos nítidos y bellos  
que Dios creó... para soñar entre ellos.

. . . . .  
Porque en amor se juega de ese modo:  
¡quien no da casi nada, lo da todo!

---

## EL TENORIO DEL ESCENARIO

---

### I

- Hasta después, Fortunato.  
—Hola, ¿dónde vas, Teodoro?  
—Adentro, á charlar un rato  
con las chiquillas del coro.

### II

- ¿Dónde va usted, caballero?  
—Pues voy aquí, al escenario.  
—No se permite.—Es que quiero ..  
hablar con el empresario.

### III

- Caballero, haga el favor  
de marcharse al otro lado;

por aquí sale el tenor  
y esto ha de estar despejado.

## IV

—¡Chist! ¡Pase usted por detrás!  
¡Cuidado con pisar fuerte!  
—Bueno; ya no lo haré más.  
(¡Maldita sea mi suerte!)

## V

¡Libre la caja! ¡Está visto  
que no me hacen caso! ¡Eh!  
¡Largo de aquí todo Cristo!  
—Ya me voy, perdone usted.  
—Aquí los que sobran son  
los que vienen á estorbar.  
¡Voy á coger á un moscón  
y le voy á reventar!

## VI

—Vamos aprisa, Isabel,  
que hace un siglo que han llamado  
al coro.

—¿Quién es aquel  
señorito atolondrado?

—No le conozco.

—¡Qué cara!

Parece un chulo aburrido.

—¿Si será el de la Jenara?

—Ese está mejor vestido.

—Será algún autor.

—Acaso.

—Vendrá á leer una pieza  
y se asusta.

—¡Vaya un paso!

—¡Chist! Que vuelve la cabeza.

—¡Pobrecito! Ha reparado  
que le miramos las dos  
y se ha puesto colorado.

—¡Ay, qué panoli!

—¡Ay, qué Dios!

—¡Atiende! ¡Y mira á hurtadillas!

—Como que ha olido que llevo  
al aire las pantorrillas!

—¡Límpiate que estás de huevo!

## VII

—¿Por qué tocan ese pito?

—Porque va haber mutación.

¡A otra parte, señorito!

Porque aquí viene un telón...

## VIII

- ¡Caracoles! ¡Qué trompada!  
—¿Se ha hecho daño, caballero?  
—No, señor, no ha sido nada...  
Me ha caído en el sombrero...  
—¡Juan! No des satisfacción  
á ese piazo de gomoso.  
¡Quítale el escotillón  
pa que se caiga en el foso!

## IX

- ¿Qué tal, amigo Teodoro?  
—Así, así, Fortunato.  
—¡Se han portado las del coro!  
—Pues... hemos pasado el rato;  
poca cosa, cuatro flores  
á las tiples al pasar,  
dos abrazos á Dolores  
y un pellizquito á Pilar...  
—¡Qué suerte tienes en todo!  
—Pchs, cuestión de caracteres.  
¡Aquí hay que entender el modo  
de tratar á las mujeres!
-

---

## LA COSTURERA

---

Yo me llamo Pilar, tengo veinte años,  
me han dicho muchas veces que soy linda  
y vivo en sotabanco, á tal altura  
que sólo queda el cielo más arriba.  
Me paso alegremente la existencia  
cosiendo calzoncillos y camisas...  
monótona labor que me produce  
de seis á siete reales cada día.  
No como nunca carne, ¡está tan cara!  
no tengo más que un traje de lanilla,  
ni quiero más amor que el del trabajo,  
que el día que me falte me fastidia.  
Cuando, muerta de frío, por la noche,  
á la luz vacilante y mortecina  
de la vela de sebo que me alumbrá,  
puedo ver la tarea concluída  
y me meto en la cama, comparable

á los chorros del oro por lo limpia,  
tomo un vaso de leche adulterada,  
que es todo mi regalo y mi delicia,  
y durmiendo tranquila y satisfecha  
disfruto un sueño igual al que tendrían  
los ángeles que cantan en la gloria,  
única vecindad que tengo encima.

---

Hace unas cuantas noches, cuando salgo  
de entregar la labor, junto á la esquina  
me asalta un caballero respetable  
por su cabello blanco y sus patillas.  
Me habla de muchas cosas, de pendientes  
y chales y vestidos y sortijas,  
y dice que es tan fácil adquirirlos  
que los puedo tener cuando los pida.  
¡Miserable canalla! ¡Quiere, en cambio  
de esas joyas y galas que me brinda,  
que abandone este ajuar, que representa  
un capital de insomnios y fatigas,  
y el sublime placer, el santo orgullo  
que siento al concluir cada camisa,  
y el sagrado recuerdo de mi madre,  
que al verme honrada se murió tranquila!

---

---

**EN MEDIO DEL ARROYO**

---

—Vaya usted con Dios, morena.

—Adiós, y que usted descanse.

—¿Dónde va usted tan deprisa?

¿Quiere usted que la acompañe?

—¡Ay, no! que es usted muy guapo  
y se me enciende la sangre.

—¿Se chulea usted?

—¡Ca, hombre!

¿No es usted guapo?

—Bastante;

pero usted con esa gracia  
me está dejando en pañales.

—¿Quiere usted un sonajero  
pa entretenerse tocándole?

—¿Quiere usted hacer un rato  
de sonajero?

—Ya es tarde.

—¿Por qué?

—Porque usted no tiene fuerzas para manejarme.

—¿Y usted qué sabe, salero?

—¡Hijo, no hay más que mirarle!

Paice usted la propia estampa de la tisis.

—Estoy grave del pecho, porque esos ojos me le queman.

—¡Ay, su madre!

Tome usted un vasito de agua de cebá pa refrescarse.

—No me gusta la cebada.

—¡Qué casualidá tan grande!

—Lo que yo me tomaría, si usted quiere acompañarme, es un *bistech* con patatas en el café del Brillante.

—¡Ay, qué lástima! Hace poco que he tomao el chocolate y se me ha quitao la gana.

— Eso se come sin hambre.

—¿Y qué vamos á hacer luego?

—¡Toma, cualquier disparate!

—¡No le da á usted poco fuerte!

—¡Pero si tiene usted un talle que mirándole despacio

desazona á un Santo Padre!  
Conque ¿acepta usted?

—No aceto,

pero no es por despreciarle  
las patatas; es que ahora  
deben de estar esperándome  
en la cárcel.

—¡Caracoles!

¿Qué va usted á hacer en la cárcel?

—Pus á pedir una chapa  
pa hablar con el *Mangas*.

—¡Diantrel!

¿Quién es el *Mangas*?

—Mi novio.

—¿Tiene usted novio?

—¡Ay, su madre!

¿Pero usted se figuraba  
que á mí no me hablaba nadie?

—¿Y por qué está preso... ese?

—Pus porque me vió en la caye  
el día de Jueves Santo  
hablando con un silbante,  
y le dió dos puñaladas  
en salva sea la parte.

—¡Qué bárbaro!

—Tiene un pronto,

pero después es un ángel...  
Si quíe usted venir conmigo,

concluimos al instante.

y vamos donde usted quiera.

—¡No! Tengo que ir á Getafe.

—¿A qué?

—¡A escardar cebollinos!

—Vaya, pus que usted descanse.

---

---

## ¡GLORIA!

---

A la muerte de un rey hubo una guerra  
(desdicha muy frecuente en esta tierra),  
y con denuedo tal y tal coraje,  
con furia tan salvaje  
lucharon los partidos  
por aquella cuestión, que no era nada,  
que quedó la nación desbaratada  
y pobres vencedores y vencidos.

Hubó choques sangrientos,  
barricadas y tiros en las calles  
y heróicos detalles  
dignos de perpetuarse en monumentos.  
¿Quién en el mundo ignora  
la acción conmovedora  
del escuadrón aquel que dió la vida  
por salvar al ejército en la hufda?  
Perdida la batalla,

avanzaba furioso el enemigo  
entre una espesa lluvia de metralla,  
sediento de venganza y de castigo,  
y había que pararle. Y allá fueron  
los desdichados que escogió la suerte.  
Uno por uno los segó la muerte,  
pero el bárbaro empuje contuvieron.  
Un mártir hace mil. Y no hay ahora  
en toda la nación un ciudadano  
que no sea capaz de hacer lo mismo.

. . . . .  
¡Naturaleza sabia y previsora!  
Si no fuera sociable el ser humano,  
¿cómo habría estos rasgos de heroísmo?

## PALIQUE

---

Un actor muy aplaudido,  
que imita perfectamente  
á todo bicho viviente  
en el orbe conocido,

y que canta peteneras  
cuando el público las pide,  
y á poco que se descuide  
se come frases enteras,

artista de corazón  
(según él cree), me decía  
en la calle el otro día  
con sublime indignación:

—Nada, convéznase usted,  
ya no hay arte, ya no hay ciencia,  
y negar su decadencia  
es dar contra la pared.

¡Qué afán de disparatar!

¡Qué cosas tan horrosas!  
Al pensar en estas cosas  
me dan ganas de llorar.

Ha llegado la ocasión  
de que se salve el que pueda;  
en los artistas no queda  
ni rastro de inspiración.

Los críticos no podrán  
negar, ante estos horroses,  
que tiemblan los bastidores  
al soplo del huracán,

que la cosa está en un tris  
y que nada la detiene  
en la ruina, si no viene  
la salvación de París.

¡Aquellos son actorazos  
y aquello es arte de veras!  
¡Qué agilidad de caderas  
y qué soltura de brazos!

Ningún detalle se pasa,  
¡qué ha de pasar un detalle!  
se abrazan como en la calle,  
es decir, como en su casa,

y en España y sus Antillas,  
refractarios al progreso  
nunca nos damos un beso  
más que de mentirijillas.

Y no habrá quien nos convenza

---

y nos ponga sobre aviso...  
Créame usted, ¡es preciso  
que perdamos la vergüenza!

—  
Esto dijo, yo callé  
por no decirle que nó.  
Saludóme, y se marchó.  
Respondíle, y me marché.

---

## ¡HOLA, MARIQUITA!

---

¿Conque el novio te ha escrito  
ponderando su amor y tu belleza  
en un soneto *largo* muy bonito,  
dado á luz con dolores de cabeza?  
¡Eres cursi, María,

y tu novio es más cursi todavía!

Yo, si fuera mujer, que *ser no quiero*  
(que diría tu novio, de seguro,  
para salir del verso y del apuro),  
en cuanto un caballero,  
me llamara elegante y rutilante  
aprovechando ¡es claro! el consonante,  
aunque fuera un Apolo,  
le daba calabazas al instante  
y le dejaba con sus coplas solo.

¿Que por qué? Pues ¡por eso!  
Supongamos que pide cualquier cosa,

---

pongo por caso, un beso...  
pues bien ¡caramba! que lo pida en prosa.  
Porque es la forma métrica opresiva  
para todo el que escriba  
y el final es esclavo del principio.  
¿Quién me dice que el *beso* no es un ripio  
cuando se ha puesto un *queso* más arriba?  
Además, los que escriben á su dama  
quintillas ó cuartetas  
suelen ser tan poetas  
como un colchón cualquiera de tu cama.  
Y las chicas que admiten esas cosas  
pueden ser muy graciosas,  
como tú, por ejemplo, y sin embargo  
no entender tanto así de poesía  
y decir, como dices ¡oh, María!  
que encuentras un soneto *corto ó largo*.  
¿Te vas haciendo cargo?  
Pues desdeña al melón que te enamora.  
Dile que puede darte  
la prueba más cabal de que te adora  
yéndose con las musas á otra parte.  
Y en cuanto sepa yo que le desdeñas,  
te pintaré mi afán y mis cuidados  
¡en unos pentacrósticos cruzados  
que son capaces de ablandar las peñas!

---

## ADUANAS

---

—Has de saber, Antoñito,  
que en un valle que no nombro  
había dos hormigueros  
separados uno de otro  
por un arroyo pequeño,  
pero de bastante fondo.  
Bueno. Y el caso es que un año,  
por circunstancias que ignoro,  
no pudieron las hormigas  
de la izquierda hacer su agosto,  
mientras las de la derecha  
trabajaron de tal modo  
que rebosaban los víveres  
por galerías y sótanos,  
y hasta tiraron el trigo  
que les servía de estorbo.  
—¿Y por qué no se lo dieron

á las otras?

—Poco á poco;

¿ya has olvidado que el agua  
se lo impedía del todo?

Pues bien, pasada la crisis,  
pensaron:—Por si el demonio  
hace que esto se repita  
y el compromiso es más gordo,  
debemos hacer un túnel  
por debajo del arroyo.

De esta manera podemos  
auxiliarnos bien y pronto,  
y es más difícil el hambre  
teniendo cerca el socorro.—

Y empezaron las tareas  
con un entusiasmo loco...  
Pero á medida que el túnel  
iba siendo largo y hondo,  
la faena era más ruda  
y el trabajo más penoso.  
Hundimientos, filtraciones  
y desdichas y destrozos...  
A cada paso un obrero  
moría entre los escombros,  
y cada grano de arena  
costaba casi un tesoro...  
Pero ¡adelante! ¿qué importa?  
El caso es que, poco á poco,

se fué concluyendo el túnel  
y, al fin, se acabó del todo.

—¡Bravo! ¡Ya los hormigueros  
tenían camino corto  
para conjurar las crisis,  
prestándose mutuo apoyo!

—Sí, pero ¿sabes qué hicieron?

—Yo no, pero lo supongo.

—Pues pusieron unos guardias  
en los respectivos cotos  
para oponerse, por medio  
de gabelas y de embrollos,  
á que pasaran los trigos  
desde un hormiguero á otro.

—¡Caramba! ¡Trabajo inútil!

—Y, vamos á ver, Antonio,  
¿qué opinas de unas hormigas  
que se portan de ese modo?

—Que son tontas.

—¿Sí? Pues, hijo,  
lo mismo hacemos nosotros.

---

**CARTA DE GINESILLO DE PASAMONTE**

AL RATA TERCERO

Supongo que usarcé, señor granuja,  
que, según la opinión, de puro listo  
se mete por el ojo de una aguja,  
mi vida y aventuras habrá visto  
en un gracioso libro que anda impreso,  
y sabrá que el firmante fué algún día  
un muchacho travieso,  
nata y flor de la andante pillería.

Como entre camaradas  
ha de haber simpatía duradera,  
le escribo cuatro frases estampadas  
con el humo y la pez de mi caldera.

Sepa vuesa merced, amigo Rata,  
que más que los suplicios del infierno  
la envidia me consume y me maltrata  
con su terrible torcedor eterno.



Comparo aquellos tiempos en que anduve  
huyendo de la nube  
de jueces, cuadrilleros y alguaciles,  
que solían á palos  
malograr los ingenios más sutiles,  
con estos otros tiempos, no tan malos,  
en que campan y triunfan vuesaercedes  
como unos caballeros,  
burlándose á mansalva de las redes  
de un Código con muchos agujeros.

Antaño, por la falta más pequeña  
echaba la justicia á un hombre honrado  
á remar en las naves del Estado,  
donde daban mal rancho y mucha leña.

Hoy la cosa varía:

roba vuesa merced á su capricho  
á las doce del día,  
y si le llega á ver la policía,  
que no le suele ver, según me han dicho,  
es preciso además que se le pruebe;  
piden dinero y costas al robado,  
y el pobre, por no verse empapelado,  
permite que la trampa se lo lleve.

Doy por hecho que viene la condena  
y va vuesa merced por quince días  
á preparar algunas raterías  
con el pretexto de sufrir la pena.

Y vive allí tranquilo y sosegado,

---

tomando sus copitas de aguardiente,  
y esperando el indulto consiguiente  
que le venga á quitar aquel cuidado.

Y hasta dicen que alguno de usarcedes,  
por su cara bonita ó su influencia,  
se rie de cerrojos y paredes  
y obedece en la calle la sentencia.

Esta comparación, amigo Rata,  
me está dando una rabia *¡que yo entiendo!*  
más que el aceite hirviendo  
donde me frío igual que una patata.

¡Maldita gracia tiene  
que haya desigualdad de pillo á pillo!  
Suyo.—*Maese Pedro ó Ginesillo,*  
como á vuesa merced mejor le suene.

---

## PUNTOS DE VISTA

---

### I

—Comiquitos de provincias  
y escritores de merengue  
y empresarios ignorantes  
y críticos incipientes  
están poniendo el teatro  
que no hay por donde cogerle.  
Las tiples, que no son tiples,  
ni cantan, ni hablan, ni entienden,  
son cada día más posmas,  
cada vez más exigentes;  
por su voluntad se cambian  
y se arreglan los papeles,  
y en cuanto uno se descuida,  
sacan la voz de falsete  
y alzan las faldas un poco  
para enseñar cuanto tienen.  
Los actores, cuando estudian,

que estudian muy pocas veces,  
ponen los cinco sentidos  
en destrozarse lo que aprenden.  
La empresa no sabe nunca  
cuidar de sus intereses,  
y prefiere los telones  
y las piezas indecentes  
á las comedias formales  
sin tanguitos ni caireles.  
Los periódicos envían  
unos críticos imberbes  
que no han visto por el forro  
la gramática, ni quieren.  
¿Hay estreno? Va cualquiera,  
no escritor, sino escribiente,  
que nunca tuvo del arte  
ni las nociones más leves,  
á sentarse en la butaca  
con aparato solemne,  
para decir en su estilo  
lo que aquello le parece.  
Y el público es un conjunto  
de guasones, mequetrefes,  
señoras cursis, gomosos,  
cocineras y asistentes.  
¡Así salen ellos luego  
diciendo tantas sandeces!  
¿Yo escribir para el teatro?

¡Antes dejo que me tuesten!—

. . . . .  
Esto decía González,  
furioso, al día siguiente  
de estrenar una zarzuela  
con sus puntas y ribetes  
de trascendental, más mala  
que la mismísima peste,  
á la que aplicó el concurso  
todo el rigor de las leyes.

## II

—¿Quién ha dicho que está ahora  
el teatro decadente?  
Nunca han pisado las tablas  
actores que más valiesen,  
ni típles tan afinadas,  
ni tan hermosas mujeres,  
ni ha habido coros como éstos,  
mejores que los celestes,  
ni una empresa tan rumbosa,  
ni tan sabia como suelen  
ser las empresas actuales,  
que yerran muy pocas veces.  
Pues ¿y la prensa? ¡La prensa,  
que podría, si quisiese,  
fastidiar á los autores  
y siempre los favorece!

Disimula los defectos,  
da bombos, aunque exagere,  
y cuando uno se equivoca  
se calla prudentemente...  
El público, aunque le insulten  
los majaderos, es siempre  
justiciero, recto, noble,  
como deben ser los jueces.  
¡Qué paciencia con lo malo!  
¡Qué entusiasmo, cuando puede  
con dos ó tres chistecitos  
divertirse honestamente!—

. . . . .  
Así se explicaba el propio  
González, á los dos meses,  
poco después del estreno  
de una *piececita verde*  
(representada por unos  
actores de mala muerte),  
que le aplaudió la alabarda  
por los telones que tiene  
y porque salen las chicas  
desnudas completamente.

—  
Resumen: que cada *quisque*  
se queja cuando le duele,  
y que todos somos unos,  
y el que venga atrás que arree.

## LA CATÁSTROFE

---

El diablillo que fragua los temporales  
tuvo una temporada de vacaciones,  
y como no soplaron los vendavales,  
hicieron rogativas los tiburones.

—¡Temblad! Por vuestra culpa perdéis el bollo  
(dijo el más respetable); sois desgraciados,  
y el mar es una charca sin un escollo  
porque el Señor castiga vuestros pecados.

Ya las olas no rugen, ya no nos pagan  
su tributo los vientos devastadores...  
¡Perdido está el oficio! ¡Ya no naufragan  
ni siquiera las lanchas de pescadores!

Perseguiréis sardinas, ¡valiente pesca!  
que nadando veloces os desaffan;  
¡ya os está prohibida la carne fresca  
de aquellos hombres gordos que antes caían!

Y convencidos de ello los tiburones  
y abrumados por tantas calamidades,  
dirigieron al cielo sus oraciones  
pidiéndole galernas y tempestades.

---

La tarde estaba hermosa, la brisa leve saltaba juguetona sobre la espuma, y algunas velas blancas, como la nieve surgían á lo lejos entre la bruma.

Meciéndose en el agua con gallardía salió del puerto un buque. Todo el pasaje rezó devotamente. Nadie pedía más que salvar la vida... y el equipaje.

Poco á poco las olas fueron creciendo y, al fin, el Oceano rugió imponente con la furia salvaje, con el estruendo con que da las batallas perpetuamente.

Y, cogido en los brazos de aquel gigante, el vapor en la lucha se vió perdido; se oyó un clamor de angustia, y en un instante quedó junto á las rocas roto y vencido.

Llegaron á la gloria las amarguras, los roncros estertores de la agonía... y el Ser á quien rogaban las criaturas le preguntó á un árcangel qué sucedía.

—Son náufragos que envían sus maldiciones.  
—¡Desgraciados!

—En cambio, de gozo llenos, agradecen y alaban los tiburones vuestra bondad.

—Entonces... del mal el menos.

## CONVERSACIÓN

---

—Tenga usted mu buenas tardes,  
señá Malena.

—Hola, Juana.

—¿Cómo está el hombre?

—Tan bueno.

—¿Cuándo viene?

—Pa las Pascuas.

—¡Tendrá usted gana de verlo!

—¡Demontre si tengo ganas!

Como que va á hacer diez años  
que lo llevaron de casa.

¡Y es más bueno!

—Sí, eso icen.

—En seis meses de casada,  
nunca me ha tocao el pelo  
de la ropa.

—Pus es ganga.

—Y sabe Dios, cuando venga,  
cómo estará, porque cambian  
el carácter esos tratos

que los dan en Ceuta.

—¡Vaya!

El mío no llegó á Ceuta,  
no estuvo más que en Granada,  
pero ¡ay, hija! le pusieron  
que ya ni un santo le aguanta.

—Pus eso es lo que yo temo,  
porque aunque él es una malva,  
se pierde mucha esencia  
entre los cabos de vara.

—¿Y por qué fué?

—Pus por mor

de una custión de baraja.

¡No es que fuera un viciosote!  
¿sabe usted? pero pasaba  
los domingos ahí enfrente,  
en la taberna del Chapa,  
á matar tres ú cuatro horas  
jugando al mus, y por nada,  
una tarde, él y el difunto  
se trabaron de palabras  
sobre si quieres la grande  
ó si me has visto las cartas,  
y ¡claro! el hombre es un hombre;  
si le dicen que hace trampas,  
y no las hace, se enrita.

—Es claro, y aunque las haga.

—Bueno, pues el caso fué

que tiraron de navajas,  
y el mfo, que es una flera,  
le cogió al difunto en mala  
disposición, y ¡zis! ¡zas!  
le pegó seis puñaladas  
en el vientre.

—¡Buena mano!

—A las dos horas ya estaba  
de cuerpo presente. El mfo  
se escapó á Guadalajara,  
y allí estuvo cuatro días  
en casa de mi cuñada,  
pero al cabo lo cogieron...  
¡Ay! Yo me puse muy mala  
cuando entró en el *Abanico*  
atao, entre cuatro guardias.  
Dimpués, como usted ya sabe  
lo que es la justicia...

—¡Vaya

si lo sé, señá Malena!  
¡Ojalá que lo ignorara!  
—Le empapelaron al pobre  
pa ver si le fastidiaban,  
y le tuvieron un año  
metfo en aquella jaula.  
Además le tocó en suerte  
un abogao sin palabras  
que se cortó, y no sabía

mayormente lo que hablaba...  
lo cual que le condenaron  
pa toa la vida.

—¡Caramba!

Pus ¿cómo es que viene?

—¡Ay, hija!

Porque yo no soy tan pava  
como paezco, y á fuerza  
de agarrarme á las aldabas  
y ver á muchos señores  
que tien en eso vara alta,  
le han cogío tres indultos  
y... me le envían á casa.  
Lo peor es que será  
por poco tiempo.

—¿Se marcha

otra vez?

—Sí, porque ha dicho  
que el mismo día que salga,  
pa quedar bien, necesita  
cortar el gañote al Chapa,  
porque declaró en el juicio  
lo que á naide le importaba,  
y es sabido que no es hombre  
de faltar á su palabra.

—Vaya, que salga con bien,  
señá Malena.

—Adiós, Juana.

## ¡SANTO INOCENTE!

---

Hay gente que asegura que la inocencia está hace muchos años en decadencia, y que el que más parezca bueno y sencillo tiene dentro del alma vetas de pillo. Creo que se equivoca toda esa gente; yo, con mis picardías, ¡soy inocente! Yo creo en las desdichas y en los apuros de los que piden duros y medios duros, y creo en las sonrisas de las mujeres, y que ganan lo justo los mercaderes, que están hipnotizados los criminales y que hay trajes completos por treinta reales. Respeto á las criadas por pudorosas y cuento á mis amigos todas mis cosas, aunque después de algunas inconveniencias me fastidien un poco las consecuencias. Injusticias y ofensas, ¡todo lo olvido!

---

En fin, soy inocente reconocido.  
En materia de amores, ¡más todavía!  
¡Soy la honradez con visos de tontería!  
Si una chiquilla honrada me mira amante,  
por mucho que me guste, digo al instante:  
—Yo pudiera engañarte, pero no quiero,  
que antes que enamorado soy caballero.  
Y dispuesta la dejo de esa manera  
para que caiga en manos de otro cualquiera,  
ó se averigüe al cabo que no es honrada  
y no hice sacrificio, sino bobada.  
Pero Dios me conserve la tontería,  
que me produce á solas santa alegría,  
y con esta inocencia firme y constante  
vivo alegre y dichoso, que es lo importante.  
Los que de mí se burlan con toda el alma  
no podrán de mi pecho robar la calma,  
porque tomar por dulce lo que es veneno  
será muy candoroso, ¡pero es tan bueno!

---

## ¡EN BAILE!

---

Se ha dejado la panera  
como un vasito de plata;  
ya no hay un saco que estorbe,  
ni polvo, ni telarañas;  
se han *lucido* las paredes,  
que están como el ampo blancas,  
y se han colocado bancos  
á lo largo de la sala.

Colgados de la alta viga  
quinqués, candiles y lámparas,  
con sus mortecinas luces  
alumbran... lo que hace falta.  
Y que no hace falta mucho  
lo dicen bien á las claras  
las parejitas que buscan  
los rincones de la estancia...

Porque hay un baile de boda

de la niña de la casa,  
que se ha unido en santo lazo,  
á las diez de la mañana,  
con el mozo más celoso  
que gallea en la comarca,  
y está lo mejor del pueblo  
convidado, y come... y baila.

Andan las personas graves  
hablando de las labranzas,  
ó diciendo chistecitos  
propios de las circunstancias,  
que las doncellas escuchan  
poniéndose coloradas  
y los pícaros zagales  
cayéndoseles la baba.

Y al són de un par de bandurrias  
y tres ó cuatro guitarras  
se deshacen con la jota,  
jadean, corren y saltan  
mozas robustas y frescas  
y mozos de rompe y rasga,  
que piden coplas y coplas  
y ni cejan ni se cansan.

La novia, que es la heroína  
y el blanco de las miradas,  
tiene que bailar por fuerza  
con cuantos van á sacarla,  
y como, por cortesía,

todos la obsequian y la hablan,  
está ya la pobre moza  
que no puede con el alma.

Y el novio, que está furioso  
con esa costumbre bárbara  
que le arrebató su prenda  
á tanta costa ganada,  
al verla entre tantos brazos  
menos en los suyos, anda  
que echa chispas por los ojos,  
medio ahogado por la rabia.

Al fin, en una revuelta,  
le dice airado en voz baja:  
—¡Hoy casi no soy marido  
y aguanto! ¡Desde mañana  
no bailas ni con tu padre!  
¡Conque aprovéchate, Paca!

—  
Dos años después, en otra  
función de boda, la sala  
está también que echa lumbres  
y hay jota, vino y guitarras.  
Y la Paca se deshace  
bailando con quién la saca,  
y el marido juega al tute,  
sin importársele nada.

# INDICE

---

	<u>PÁGS.</u>
Degeneración . . . . .	5
¡Ah pícaros! . . . . .	8
Desquite . . . . .	11
Injusticias sociales . . . . .	14
Círculo vicioso . . . . .	17
Al camisero . . . . .	20
Consolatrix afflictorum . . . . .	23
Cosas de niños . . . . .	25
El poeta y los cerdos . . . . .	29
Al amigo Bartolo . . . . .	31
¡No hay bandera! . . . . .	34
En el Olimpo . . . . .	36
En un álbum . . . . .	39
¡Oh, el arte! . . . . .	41
La pena de muerte . . . . .	45
Candor infantil . . . . .	48
A grandes males... . . . .	51
Las buenas formas . . . . .	53
Genio y figura . . . . .	58
En confianza . . . . .	60
Género epistolar . . . . .	63
La diplomacia . . . . .	65

	<u>PÁGS.</u>
Miniatura. . . . .	68
La ley del embudo. . . . .	69
Política y administración . . . . .	71
Cambio . . . . .	75
Lacrimosas . . . . .	78
Pensamientos . . . . .	80
Fantasía submarina . . . . .	84
El clown . . . . .	87
Cartel de desaffo . . . . .	91
La borrasca . . . . .	93
Sentado . . . . .	95
La administración. . . . .	97
Casi-epitalamio. . . . .	100
Un ingerto . . . . .	102
Revolución interna . . . . .	106
Galantería . . . . .	108
Sarcasmo . . . . .	111
Con permiso... . . . .	113
¡Claro! . . . . .	116
Del mal el menos . . . . .	120
Sanos consejos . . . . .	122
Pequeñeces . . . . .	126
Histórico . . . . .	130
En familia . . . . .	133
Bucólica . . . . .	136
Los despreocupados . . . . .	138
Confiteor . . . . .	141

---

	<u>PÁGS.</u>
Ñoñez . . . . .	144
¡La oreja! . . . . .	147
El Tenorio del escenario. . . . .	149
La costurera. . . . .	153
En medio del arroyo . . . . .	155
¡Gloria! . . . . .	159
Palique . . . . .	161
¡Hola, Mariquita! . . . . .	164
Aduanas . . . . .	166
Carta de Ginesillo de Pasamonte. . . . .	169
Puntos de vista, . . . . .	172
La catástrofe . . . . .	176
Conversación . . . . .	178
¡Santo inocente! . . . . .	182
¡En baile! . . . . .	184

---

# COLECCIÓN DIAMANTE

---

## TOMOS PUBLICADOS

### 2 reales tomo

1. *E. de Campoamor*. Doloras, 1.<sup>a</sup> serie.
2. — Doloras, 2.<sup>a</sup> serie.
3. — Humoradas y cantares.
4. — Pequeños poemas, 1.<sup>a</sup> serie.
5. — Pequeños poemas, 2.<sup>a</sup> serie.
6. — Pequeños poemas, 3.<sup>a</sup> serie.
7. — Colón, poema.
8. — Drama Universal, poema, primer tomo.
9. — Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. — El Licenciado Torralba.
11. — Poesías y Fábulas, 1.<sup>a</sup> serie.
12. — Poesías y Fábulas, 2.<sup>a</sup> serie.
13. *E. Pérez Escribá*. Fortuna.
14. *A. Lasso de la Vega*. Rayos de luz.
15. *Federico Urrecha*. Siguiendo al muerto.
16. *A. Pérez Nieva*. Los humildes.
17. *Salvador Rueda*. El gusano de luz.
18. *Sinesio Delgado*. Lluvia menuda.
19. *Carlos Frontaura*. Gente de Madrid.
20. *Miguel Melgosa*. Un viaje á los infiernos.
21. *A. Sánchez Pérez*. Botones de muestra.
22. *J. M. Matheu*. ¡Rataplán!
23. *Teodoro Guerrero*. Gritos del alma.
24. *Tomás Luceño*. Romances y otros excesos.
25. *L. Ruiz Contreras*. Palabras y plumas.
26. *Ricardo Sepúlveda*. Sol y Sombra.
27. *J. López Silva*. Migajas.
28. *F. Pi y Margall*. Trabajos sueltos.
29. *E. Pardo Basán*. Arco iris, cuentos

30. *E. Rodríguez Solís*. La mujer, el hombre y el amor.
31. *M. Matoses (Corzuelo)*. ¡Aleluyas finas!
32. *E. Pardo Bazán*. Por la España pintoresca (viajes).
33. } *A. Flores*. Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. *José Estremera*. Fábulas.
36. *Emilia Pardo Bazán*. Novelas cortas.
37. *E. Fernández Vaamonde*. Cuentos amorosos.
38. *E. Pardo Bazán*. Hombres y mujeres de antaño.
39. *J. de Burgos*. Cuentos, cantares y chascarrillos.
40. *E. Pardo Bazán*. Vida contemporánea.
41. } *Jacinto Laballa*. Novelas íntimas.
42. }
43. *Fr.<sup>a</sup> Sarasate de Mena*. Cuentos vascongados.
44. *F. Pi y Margall*. Diálogos y Artículos.
45. *Charles de Bernard*. La caza de los amantes.
46. *Eugenio Sue*. La Condesa de Lagarde.
47. *Rafael Altamira*. Novelitas y cuentos.
48. *J. López Valdemorero (El Conde de las Navas)*. La niña Araceli.
49. *Rodrigo Soriano*. Por esos mundos...
50. *Luis Taboada*. Perfiles cómicos.
51. *B. Pérez Galdós*. La casa de Shakespeare.
52. *J. Ortega Munilla*. Fifiña.
53. *F. Salazar*. Algo de todo.
54. *Mariano de Cavia*. Cuentos en guerrilla.
55. *Felipe Pérez y González*. Peccata minuta.
56. *Francisco Alcántara*. Córdoba.
57. *Joaquín Dicenta*. Cosas mías.
58. *J. López Silva*. De rompe y rasga.
59. *Antonio Zozaya*. Instantaneas.
60. *José Zahonero*. Cuentecillos al aire.
61. *Luis Taboada*. Colección de tipos.
62. *Beaumarchais*. El Barbero de Sevilla.
63. *Angel E. Chaves*. Cuentos de varias épocas.
64. *Alfonso Karr*. Buscar tres pies al gato.
65. *Francisco Pi y Arsuaga*. El Cid Campeador.
66. *Vital Aza*. Pamplinas.
67. *Antonio Peña y Goñi*. Río revuelto.
68. *Enrique Gómez Carrillo*. Tristes idillos.
69. *Nicolás Estévanes*. Calandracas.
70. *V. Blasco Ibañez*. A la sombra de la higuera.
71. *A. Dumas, hijo*. La Dama de las Camelias.
72. *Joaquín M. Bartrina*. Versos y prosa.
73. *Francisco Barado*. En la brecha.
74. *Luis Taboada*. Notas alegres.
75. *Xavier de Montepín*. La señorita Tormenta.
76. *Antonio Zozaya*. De carne y hueso.
77. *Xavier de Montepín*. Muerto de amor.

78. *Conde León Tolstoi*. Venid á mi...
  79. *Alfredo Calderón*. A punta de pluma.
  80. *Enrique Murger*. Elena.
  81. *Luis Taboada*. Siga la broma.
  82. *Laura García de Gíner*. La Samaritana.
  83. *Cyrano de Bergerac*. Viaje á la luna.
  84. *Eugenio Antonio Flores*. ¡Huérfana!
  85. *Iván Tourgueneff*. Hamlet y Don Quijote.
  86. *Alicia Pestana* (Cañel). Cuentos.
  87. *Angel Guerra*. Al sol.
  88. *T. Dostoyevsky*. Alma infantil.
  89. *Edmundo de Amicis*. Aire y Luz.
  90. *Laura García de Gíner*. Valentina.
  91. *Edmundo de Amicis*. Manchas de color.
  92. *Voltaire*. Zadig y Micromegas.
  93. *Manuel Ugarte*. Mujeres de París.
  94. } Obras menores de Cervantes.
  95. }
  96. *Juan Pérez Zúñiga*. Chapucerías.
  97. *Voltaire*. Cándido.
  98. *Goethe*. Las amarguras del joven Werther.
  99. *Jacinto Benavente*. Teatro rápido.
  100. Novelas picarescas. Lazarillo de Tormes y Rinconete y Cortadillo.
  101. *J. León Pagano*. La balada de los sueños.
  102. *Angel Guerra*. Polvo del camino.
  103. *Camilo Castello Branco*. María Moisés.
-





**G 36815**

LEWISA MEMUDDA

100